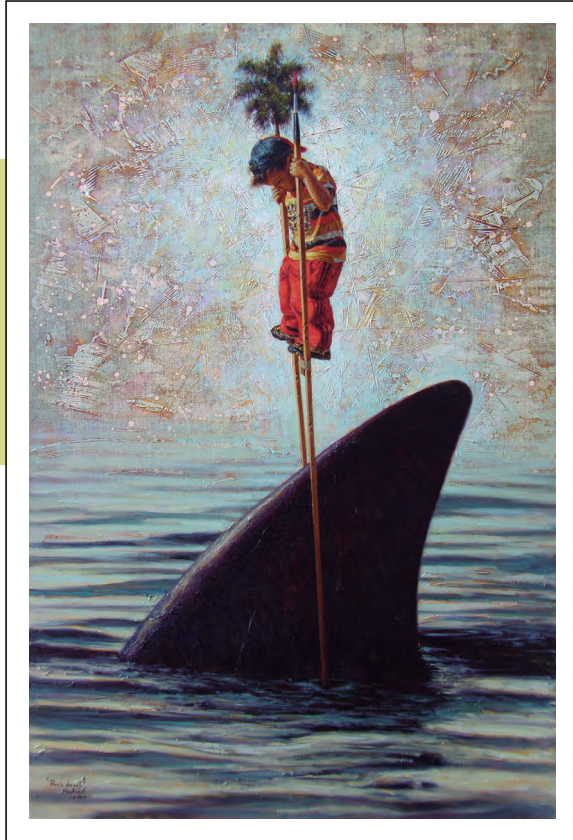


TEXTOS

NUEVA ÉPOCA

«México florido y espinudo»



**Juan Villoro / Javier Velázquez / Ignacio Trejo Fuentes
Geney Beltrán Félix / Irad Nieto / Martin Scheufens**

Revista trimestral
TextoS EditoreS, A. C.
Núm. 1, año 1, abril - junio de 2017
Culiacán Rosales, Sinaloa, México

TEXTOS

NUEVA ÉPOCA

Revista trimestral
TextoS EditoreS, A. C.
Núm. 1, año 1, abril - junio de 2017

Culiacán Rosales, Sinaloa, México

ÍNDICE

«México forido y espinudo»

Juan Villoro/ LA VIDA QUE SE ESCRIBE	7
Javier Velázquez/ DOS POEMAS	
LACA	29
ELEGÍA	30
Ignacio Trejo Fuentes/ JERUSALÉN, EL OMBLIGO DEL MUNDO	31
Geney Beltrán Félix/ EL FUTURO EN LOS COLMILLOS	35
Irado Nieto/ EL PLACER DE LLEGAR TARDE	55

La ciencia en textos

Martin Scheufens/ EL LEGADO DE ALBERT EINSTEIN: A UN SIGLO DE LA PUBLICACIÓN DE LA TEORÍA GENERAL DE LA RELATIVIDAD	61
--	----

«MÉXICO FLORIDO Y ESPINUDO»

JUAN VILORO

LA VIDA QUE SE ESCRIBE

*EL PERIODISMO CULTURAL DE JOSÉ EMILIO PACHECO*¹

FANFARRIA PARA EL HOMBRE COMÚN

Del 5 de agosto de 1973 al 4 de julio de 1976, José Emilio Pacheco publicó la columna semanal «Inventario» en el suplemento *Diorama de la Cultura*, del periódico *Excélsior*, dirigido por Julio Scherer García. Luego del golpe orquestado por el presidente Luis Echeverría contra un diario que había logrado convertirse en uno de los diez mejores del mundo, Pacheco continuó publicando en la revista *Proceso*, también dirigida por Scherer, de noviembre de 1976 hasta su fallecimiento, en enero de 2014.

Antes de abordar la excepcional columna de Pacheco, vale la pena detenerse en el contexto en que fue publicada. Nadie colabora en un medio sin que alguien abra la puerta. Julio Scherer García concibió un periodismo heterodoxo, capaz de involucrar a articulistas provenientes de muy distintas disciplinas. Historiadores, politólogos, teólogos, comunicólogos, ingenieros convertidos en activistas se sumaron a un proyecto donde se hacía cultura desde la noticia y donde la cultura era noticia. Una entrevista con Julio Cortázar merecía primera plana.

Excélsior renovó las posibilidades del «periodismo de autor», a tal grado que esa tendencia influyó en las zonas menos «intelectuales» del oficio. Ramón Márquez urdió impecables piezas en el *ringside* del boxeo y más tarde abordaría con fortuna la «nota roja»; Manuel Seyde demostró

¹ Escribo «Inventario» para referirme a una columna puntual de Pacheco e *Inventario* para aludir al libro que las reúne.

que las crónicas de fútbol podían ser variantes del lirismo o la diatriba, dependiendo del desempeño de los «ratoncitos verdes» de la selección nacional.

La realidad del periodismo no está en los hechos sino en la manera de contarlos. Esta certeza definió la calidad de *Excélsior* y sus publicaciones paralelas: *Plural*, dirigida por Octavio Paz; *Diorama de la Cultura*, suplemento dirigido por el novelista Ignacio Solares, donde Pacheco publicó su «Inventario»; y *Revista de Revistas*, dirigida por Vicente Leñero, cronista capaz de convertir la visita de la actriz Raquel Welch a la Ciudad de México en un episodio inolvidable y de generar textos como el recuento de José Agustín sobre su estancia en la cárcel de Lecumberri o las entrevistas que la escritora argentina Tununa Mercado hizo a los sobrevivientes del Holocausto que vivían en México.

El afán de transformar una exclusiva en buena prosa venía de lejos, según recordó Pacheco en el «Inventario» dedicado a José Joaquín Fernández de Lizardi, cuyas colaboraciones en las prensa de principios del siglo XIX fueron «literatura de emergencia». De 1968 a 1976, en el *Excélsior* de Scherer esa emergencia se volvió costumbre y la «firma» tan importante como el tema abordado.

En 1976 entré a estudiar la carrera de Sociología en la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa y un profesor nos advirtió: «Estudien, muchachos, o van a acabar de periodistas». Durante décadas, el oficio había sido degradado por escritores que recibían sobornos del gobierno y pensaban, como el general Gonzalo N. Santos, que «la moral es un árbol que da moras». Pero las cosas habían comenzado a cambiar, al menos en *Excélsior*. Ese mismo año, el presidente Echeverría juzgó que el periódico había ido demasiado lejos en su independencia y creó las condiciones para una sublevación «interna», sin saber que los expulsados fundarían diversos medios críticos, como el *unomásuno*, *La Jornada* y, por supuesto, *Proceso*, revista encabezada por el propio Scherer.

La afrenta a la libertad de expresión fue narrada con pulso maestro por Vicente Leñero en su novela sin ficción *Los periodistas*. Desde su título, el libro anuncia que el tema a tratar es un oficio. Al narrar los avatares de *Excélsior*, diagnostica las amenazas que se ciernen sobre la

verdad y otorga valor épico a la sala de redacción donde se fragua el destino que se leerá mañana.

En un ámbito donde los colaboradores de la prensa adquirirían progresiva importancia, Pacheco se presentaba como un testigo que rehuía el primer plano. Firmaba con sus iniciales (JEP) y dosificaba sus opiniones para realzar las de los otros. Al hablar de la voz sosegada de Antonio Machado, señaló que era «un conversador extraviado en una asamblea de oradores». Lo mismo puede decirse del tono de *Inventario*, donde rara vez se usa la primera persona y donde los alardes estilísticos se suprimen en favor de la eficacia narrativa. Si para Ortega y Gasset la claridad es la cortesía del filósofo, para Pacheco es la obligación del cronista.

Esta voluntad de desaparecer contrasta con el tono confesional de otro colaborador del diario, Jorge Ibarguengoitia, maestro de la primera persona que escapó al narcisismo gracias al humor con que se burlaba de sus equívocos. Mientras Pacheco narraba la historia que antecedió al golpe de Estado en Chile, el calvario de Sacco y Vanzetti o la ascensión y caída de Vicente Guerrero, Ibarguengoitia ofrecía exclusivas de su vida privada y transformaba a sus tías de Guanajuato en celebridades noticiosas. En forma brillante, ambos registros establecieron polos complementarios del nuevo periodismo mexicano.

Pacheco apostó por un punto de vista a medio camino entre la crónica y el ensayo. Para Alfonso Reyes, el ensayista practica el «centauro de los géneros», una criatura dual, hecha de ideas y aconteceres. Jinete de sí mismo, es un comentarista que relata, que piensa al cabalgar. Pacheco amplía estos atributos e incluye las exigencias del momento: en su caso, la mirada de Sagitario depende del paisaje que recorre semanalmente. Al escribir para un periódico, adquiere estrictos compromisos con la legibilidad, la extensión y la pertinencia temporal de sus textos. Opera en un espacio restringido. Curiosamente, estas exigencias fomentan su creatividad. Si el poeta debe liberarse entre las catorce rejas de un soneto y atender a la métrica y la rima, el periodista debe cumplir con un riguroso número de caracteres y satisfacer requisitos de interrogatorio judicial: qué, cómo, cuándo, dónde y con quién.

El autor de *Inventario* fue ensayista desde el periodismo, lo cual equivale a decir que logró que la erudición pactara con los favores de la claridad y los imperativos de la hora.

Sabemos, por Roland Barthes, que la persona que firma un texto no es la misma que lo cuenta. Autor y narrador son categorías distintas. JEP se postuló como una voz que podría parecer contradictoria: fue un proselitista discreto. Sin exhibirse a sí mismo, exhibía sus convicciones; se borraba como autor para fortalecerse como narrador.

No quiso recopilar en vida sus «Inventarios», aunque recibió infinidad de solicitudes al respecto. Hasta la fecha, la mayoría de esos trabajos solo se encuentran en Internet o en las remotas salas de las hemerotecas. Sus lectores recuerdan, o creen hacerlo, datos e ideas leídos a lo largo de cuatro décadas. Los más fetichistas conservan algunos textos en su archivo personal, la mayoría los atisba de modo fragmentario en las citas que de ellos hacen otros autores. Durante cuatro décadas hemos practicado una *lectura legendaria* de una obra mayúscula que escapa a cualquier antecedente en la literatura en lengua española.

Editorial ERA prepara una antología en tres tomos del caudaloso *Inventario*. He podido consultar las 724 páginas del primero de ellos. Mis reflexiones se basan en ese acceso parcial a la enciclopédica contribución de Pacheco.

En 2003, Marco Antonio Campos reunió en un magnífico volumen, *La lumbre inmóvil*, las colaboraciones de Pacheco sobre el poeta Ramón López Velarde. Siguiendo ese ejemplo, se podrían extraer de *Inventario* libros sobre el modernismo, el Siglo de Oro, el grupo de Contemporáneos, los independentistas latinoamericanos, los liberales del siglo XIX («la mejor generación que ha dado este país») o el *annus mirabilis* de 1922, que produjo las obras maestras de Joyce, Eliot, Vallejo y Rilke. Sin embargo, Pacheco se negó a ordenar sus «Inventarios» en libros temáticos. El primer tomo que está por publicarse es fiel al carácter ecléctico de textos motivados por muy variadas exigencias periodísticas, pero ha sido podado con cuidada cortesía para evitar excesivas reiteraciones (toda columna semanal, en sí misma, es la puesta en escena de una obsesión).

En forma deliberada o involuntaria, el escritor dispone de una estrategia para presentar su obra. Incluso las «actitudes secretas» —guardar silencio, vivir en reclusión o carecer de una conducta pública definida— definen la percepción pública de su persona y la forma en que circulan sus libros.

Pacheco era célebre por su modestia, contradicción reforzada por otra ambivalencia: no concedía entrevistas pero dialogaba durante horas con quienes asistían a sus multitudinarias conferencias. En su espléndida semblanza de Chesterton, publicada en el «Inventario» del 2 de junio de 1974, hizo un retrato indirecto de sí mismo. Maestro de las paradojas, el autor de *El hombre que fue jueves* dejó esta frase sobre la inutilidad de las noticias: «El periodismo consiste esencialmente en decir “Lord Jones ha muerto” a gente que no sabía que Lord Jones estaba vivo». Después de desacreditar la importancia del género, Chesterton lo ejerció con pasión. Pacheco dice de él: «con la más sincera modestia se definía como “*a jolly journalist*”»; el periódico le parecía «una escuela de trabajo y humildad [...] la mayor obra publicada anónimamente desde que se erigieron las grandes catedrales cristianas».

Chesterton era un tremendista que disfrutaba la cultura y los placeres: «Puso su oído sobre la hierba y escuchó el rumor de las catástrofes que se aproximaban. Su optimismo es una respuesta al caos que nos amenaza por todas partes», escribe Pacheco. La mayor similitud entre ambos es el respeto por quien se encuentra al otro lado de la página, el ignorado testigo que lee: «Lo que más aprecio del hombre: el viejo bebedor de cerveza, forjador de credos, frágil, sensual, respetable».

No es común asociar a Pacheco con el católico e irónico Chesterton, extraño caso de conservador liberal. Sin embargo, ambos entienden el periodismo como una tarea colectiva y anónima, redactan con la sutileza de quien incorpora su voz al coro sin pretender cambiar la melodía, conciben la Historia como un teatro del desastre y profesan un *amor mundi* que les permite celebrar la naturaleza, ciertas calles, algún atardecer y la literatura. Por último, se dirigen a un lector marcado por una nobleza vulnerable, el ser común que bebe cerveza.

DISCRECIÓN Y FAMA PÚBLICA

Desde su título, «Inventario» se presenta como un recuento de activos que no pertenecen al autor. Pacheco actúa al modo de un notario (oficio que, por cierto, ejerció su padre): da fe de acontecimientos y méritos ajenos. Enemigo de «darse aires», solía citar una frase de Flaubert: «Los honores deshonran y los grados degradan». Si acaso se refería a sí mismo, usaba la expresión «este redactor». Sin embargo, las iniciales JEP, destinadas a ocultarlo, acabaron por tener el efecto opuesto. En Francia, el hipermediático Bernard-Henri Lévy es conocido como BHL. ¿Qué autor mexicano ha logrado un sello equivalente? La discreción de Pacheco fue un ingrediente de su notoriedad. Aunque «Inventario» hubiera aparecido sin sus siglas, se habría reconocido su autoría.

Si el estilo ensayístico de Octavio Paz es el de quien deletrea el mundo desde su balcón con luminosa contundencia, sin pedir auxilio a las voces con las que dialoga pero que rara vez llegan a sus páginas en forma de citas, José Emilio Pacheco es su contrafigura ensayística, el escribano que anuda los cabos sueltos de la tradición y se reconoce deudor de infinitos predecesores. En este sentido, «Inventario» representa la más dilatada muestra de cortesía en la literatura del idioma.

Con inaudita generosidad, Pacheco se ocupó del trabajo de los otros. Fue amanuense de Juan José Arreola, prodigioso orfebre verbal que le dictó *Bestiario*, y Fernando Benítez no publicaba un libro sin someterlo a sus correcciones. Su rigor en este territorio alcanzó rango mítico: «Ver a José Emilio corregir un texto es asistir a un campo de batalla», comentó Carlos Monsiváis.

La genuina valoración de los autores solo puede ser póstuma. En uno de sus primeros «Inventarios», escrito en 1974 con motivo de la muerte de Rosario Castellanos en un accidente en Israel, Pacheco comenta: «Nadie puede saber verdaderamente quién es un poeta hasta que sus versos son su única voz, hasta que nos hablan no ya de la muerte sino desde la muerte, y al cerrarse sobre sí mismos se iluminan con su auténtica luz».

La importancia de entender la literatura como un legado y no como algo que se produce de modo todavía tentativo es tan significativa que Pacheco encomia el peculiar trato que Vasconcelos da a sus conocidos:

«Tuvo el valor de hablar sobre los vivos como si ya estuvieran muertos». La frase alude a la inevitable condición necrológica de la escritura testimonial: quien lleva la cuenta de los días trabaja con una materia evanescente; escribe hoy el pasado de mañana. Sobre este punto, conviene recordar el inagotable *Cuaderno gris*, de Josep Pla, donde el diarista reflexiona sobre la dificultad de ser contemporáneo de los personajes retratados. La objetividad surge de la distancia que solo brinda lo que ya ocurrió, sin enmienda posible. Es la perspectiva que Pacheco encomia en Vasconcelos.

El cronista debe situarse en un plano que le permita entender el instante como algo que será olvidado y solo alcanzará resistente condición cuando lo rescate la memoria. Escribir es una apuesta contra la fugacidad que construye el pasado del futuro. En palabras de Michel Foucault: «Escribir significa ocuparse de la muerte de los otros, pero sobre todo ocuparse de los otros como si ya estuvieran muertos. En cierto sentido, escribo sobre el cadáver de los otros. Debo admitir que, de algún modo, estoy postulando su muerte. Al hablar de ellos, me coloco en la posición del anatomista que practica una autopsia [...] No los condeno a muerte, sencillamente asumo que están muertos».²

La obsesión por el paso del tiempo se advierte en los títulos de numerosos libros de poesía de Pacheco: *Tarde o temprano*, *Irás y no volverás*, *Desde entonces*, *Siglo pasado* y, por supuesto, *No me preguntes cómo pasa el tiempo*.

En el poema «Contraelegía», de *Irás y no volverás*, dice:

Mi único tema es lo que ya no está.
Sólo parezco hablar de lo perdido.
Mi punzante estribillo es *nunca más*.

La vida que se escribe hoy, necesariamente, estará muerta mañana. Asumirlo no significa apelar a un sentido necrofílico de escritura; es su razón de ser. Toda obra tiene un carácter testamentario. La observación

² En *El lenguaje comienza después de la muerte*, conversaciones con Claude Bonnefoy.

de Pacheco sobre Vasconcelos no es un juicio moral, sino un principio técnico.

Aquella frase, por cierto, va precedida de otra: «Escribir es herir, afrentar, difamar». JEP fue un cronista cauteloso. Aunque opinaba con franqueza, puso especial esmero en reconocer hasta la más mínima deuda intelectual, rara vez criticó a un colega y no tuvo talante de polemista.

El narrador reticente evita la contundencia y favorece las suposiciones. En los cuentos de *El viento distante*, Pacheco opera por alusión: lo insinuado es más fuerte que lo dicho. En *Inventario* asume un tono más directo y franco, pero no olvida que «escribir es herir, afrentar, difamar», y se detiene antes de que la queja o la discrepancia puedan ser vistas como un ataque.

De cualquier forma, sabe que alguien, en alguna parte, lo lee con mala leche. Todo fabulador es un profesional de la sospecha; imagina posibilidades: la paranoia favorece la ficción. En esa tesitura, Pacheco advierte: «Siempre somos la bestia negra de alguien que en secreto anota los agravios que involuntariamente le infligimos. El día menos pensado nos presentan la cuenta». Una indudable ventaja del autor póstumo es que desconoce la forma en que es leído y, sobre todo, la forma en que es ignorado.

¿*Inventario* permaneció inédito como libro para evitar el caprichoso y tal vez vengativo juicio de los otros? Sean cuales fueran las razones, no pueden atribuirse a un autocrítico repudio al mayor torrente literario del autor ni a un veleidoso rechazo a los lectores.

Pacheco se interesaba en la circulación, la recepción y el devenir público de los textos. Una fotografía de Rogelio Cuéllar lo muestra en medio de una vorágine de libros y sugiere a un ermitaño que rara vez abandona su biblioteca. No es erróneo verlo como un bibliófilo, pero también estamos ante un testigo del acontecer que no escatima el trato con los otros. Su universidad fueron las redacciones. En 1957, a los dieciocho años, se hizo cargo de la sección «Ramas nuevas», dedicada a los jóvenes escritores en la revista *Estaciones*, que dirigía y pagaba con generosidad el poeta Elías Nandino. Desde entonces, colaboró en numerosos medios y desplegó una intensa actividad en la vida cultural. Aunque prefería no ser reconocido, rara vez lo lograba. Con simpática coquetería, aseguraba

que sus libros estaban destinados a no salir de las bodegas de las editoriales, pero era uno de los pocos escritores reconocidos por los pasajeros del metro (con justicia poética, un vagón lleva hoy su nombre).

Poeta, novelista, cuentista, guionista de cine (le debemos *El castillo de la pureza* y *El Santo Oficio*, dirigidas por Arturo Ripstein) y de noticieros cinematográficos, traductor, antologador, profesor universitario, miembro de El Colegio Nacional, Pacheco ejerció la literatura en muy diversos frentes. No fue un alquimista refugiado en su santuario, sino un lector inmenso que conocía el entorno circundante. Su amistad con Carlos Monsiváis dependió de afectos y complicidades generacionales, del sentido del humor y el interés por el modernismo o los liberales del siglo XIX, pero también de su mutua pasión por la cultura popular. Baste mencionar la forma en que Pacheco recupera el mundo de la lucha libre en la novela breve *El principio del placer*, el «Inventario» que dedica a Agustín Lara y la importancia que en *Las batallas en el desierto* concede a las fotos tímidamente eróticas de la revista *Vea*, consultadas en el recoleto espacio cultural de una peluquería.

Un tema transversal recorre numerosos «Inventarios»: la reflexión sobre el contexto que favorece o limita la cultura. Crítico de la banalización, Pacheco se refirió a las «alusiones perdidas», los referentes —muchos de ellos tomados de la Biblia o la tradición grecolatina— que durante siglos formaron parte de la educación media y que han perdido significado en la sociedad del espectáculo. En este sentido, su *Inventario* representa una decisiva intervención para evitar el incesante repliegue de las referencias culturales. La nota exacta, la efeméride sorprendente, la renovada pertinencia de un poema muestran la forma en que un garante del tono civilizado se harta y desespera ante el deterioro del ambiente.

Equidistante del apetito por lo nuevo y el conocimiento de la tradición, entendió la originalidad no como un exabrupto surgido de la nada, sino como una informada discrepancia con lo anterior: «La única ruptura válida es el rompimiento con lo aprendido y dominado, no la que sirve para disfrazar la torpeza, la indolencia o la ineptitud», escribió cuando iniciaba su columna, en enero de 1974.

Las vanguardias le interesaron como ensayista sin influirlo como poeta. No se apropió del «diccionario amotinado» que Borges atribuyó

a los estridentistas, pero en su calidad de cronista registró ése y otros arrebatos literarios. Como creador, su gesto más rupturista fue la novela *Morirás lejos*, influida por la *nouveau roman*. En julio de 1981 precisó: «La vanguardia es, tiene que ser, un momento, no un *modus vivendi*». Al triunfar como sorpresa, lo nuevo se diluye pronto.

Su rescate de la tradición no le impidió interesarse en subgéneros como el cómic o el folletín, y en alguna ocasión dedicó su columna al autor de *best sellers* Harold Robbins, que había vendido más libros que todos los autores mexicanos juntos. Consciente del carácter mundano e histórico de la escritura, se interesó en la fama pública de los autores («escritor famoso es aquel a quien negamos apasionadamente sin habernos tomado nunca la molestia de leer un párrafo suyo») y de los malentendidos que acarrea. A propósito de Hemingway, comentó que la leyenda del novelista como hombre de acción, interesado en visitar el frente de guerra, cazar leones y descorchar botellas de champaña, había ocultado las fatigas de quien pasaba horas ante los borradores para renovar la prosa: «Si algo se nos derrumba en 1981 es la imagen antiintelectual de Hemingway: el feroz combatiente, el insensible conquistador, el macho a la intemperie, pasa a segundo plano ante el humilde estudioso y denodado trabajador de las letras, el Borges de Montparnasse (quién lo diría) y el Flaubert de San Francisco de Paula [...] Y quien hoy se levanta de sus cenizas no es tanto el campeón vencido, el cazador desmoronado que cobró su última pieza en sí mismo, como aquel muchacho que en un Montparnasse que ya no existe miraba lleno de valor y de esperanza un provenir que hoy es nuestro terrible pasado».

Pacheco tampoco fue ajeno a la forma en que la conducta cívica influye en los destinos literarios. Estudió la vanguardia estridentista pero lamentó que sus principales voceros se transformaran en diplomáticos o diputados y lucharan contra Salvador Novo, Carlos Pellicer, Jorge Cuesta y los demás miembros del grupo Contemporáneos para acabar con «la comedia de maricones y el cinismo de los pederastas».

Su renuencia a aparecer en televisión o dar entrevistas no fue un gesto de misantropía; derivaba de su genuina timidez, pero también de una convicción: el discurso literario se abarata bajo los reflectores. Aquilató el valor del silencio y el secreto, convencido de que la fuerza magnética

de un documento inencontrable solo se ve disminuida por su hallazgo. Al posponer la publicación de su muy solicitado *Inventario*, le otorgó el interés de lo que debe ser aguardado. En medio del frenesí de lo instantáneo, apostó por otro tiempo para la lectura, menos ansioso, más perdurable.

Esta dilación conllevaba un riesgo. El periodismo cultural vive de la circunstancia; al paso de los años, las columnas semanales pueden parecer extemporáneas o incluso incomprensibles. La demora en publicar *Inventario* como libro aumenta la expectativa, pero también pone a prueba la resistencia de los textos. Ya ajenos a la oportunidad periodística, tendrán que sobrevivir como literatura.

LA ESCRITURA IMPOSIBLE

Ricardo Piglia señaló que su verdadero interés como autor consistió desde un principio en practicar una forma privada de la escritura: el diario. Sin embargo, resulta difícil que se publiquen las páginas íntimas de alguien que no ha escrito nada más. Para remediar esta situación, publicó novelas, ensayos y cuentos, construyendo una personalidad literaria que, a la postre, le permitiera dar a conocer sus papeles personales. Esta explicación es algo más que una broma: Piglia necesitaba ser *dos* autores, uno público y otro oculto, que solo podía aparecer gracias el primero, en segundo término. Adelantó algunos pasajes del diario, pero la mayor parte de ese *corpus* se mantuvo oculto hasta 2015, cuando apareció el primer volumen de *Los diarios de Emilio Renzi*. Así concluía un itinerario bibliográfico, el largo camino del escritor conocido al escritor secreto.

El caso de Pacheco es diferente porque «*Inventario*» salió a la luz. Sin embargo, solo un maniático del coleccionismo hubiera podido conservar esas publicaciones a lo largo de cuarenta años. El autor no ocultó las partes, sino el todo que le daba cabal sentido, pues la escritura enciclopédica opera por acumulación.

En sentido inverso a los diarios de Piglia, los «*Inventarios*» publicados durante cuarenta y un años fueron puestos en reposo, sometiéndose

al olvido o la lectura parcial. No se trataba de los residuos nunca recogidos en libro que deja todo autor, sino de un proyecto esencial, al que Pacheco dedicó la mayor parte de su trayectoria. Con los años, el caudaloso panorama de la cultura en el último cuarto del siglo xx y los primeros años del xxi adquirió el aura de lo que solo se conoce de oídas, a partir de citas o las búsquedas en Internet.

¿Algo falló en el camino? Uno de los temas recurrentes en la poesía de Pacheco es el fracaso literario. Desde su título, el poema «Despedida», incluido en *Tarde o temprano*, tiene un aire testamentario. Ahí, el poeta aborda su incierto legado:

Fracasé. Fue mi culpa. Lo reconozco.
Pero en manera alguna pido perdón o indulgencia.
Eso me pasa por intentar lo imposible.

La poesía de Pacheco suele asumir un tono conversacional y sus cuentos rehúyen la imaginación desahogada. En prosa y en verso es un autor que se percibe fácilmente como cercano; no pretende que el lector se adentre en magníficas tinieblas ni procura cegar con su mucha luz. Lejos del deliberado artificio, descifra y crea enigmas en lengua llana y en espacios de entrañable familiaridad.

Entre sus empeños, lo que más se acerca a una «escritura imposible» es «Inventario». Ahí se sirvió de todos los géneros para apoyar el de la crónica y aceptó el enciclopédico y extenuante desafío de ser Diderot una vez a la semana. Es posible que la negativa a publicar se viera influida por el hecho de escribir algo que jamás estaría completo —el devenir transformado en escritura—, o que solo lo estaría con la muerte del autor. Lo cierto es que el destino final de esas copiosas páginas se convirtió en su trama decisiva. Gran lector de novelas de aventuras (no es casual que dedicara dos «Inventarios» a Jack London), JEP no podía ignorar que cuando sus textos regresaran para someterse a la prueba del tiempo, tendrían la sugerente condición de «manuscrito hallado».

Hay algo descomunal en el interés de cubrirlo todo, del secuestro de la millonaria Patricia Hearst a los crímenes de Charles Manson, pasando por la invención de la máquina de escribir y los poemas del olvidado

José Santos Chocano. Pacheco sabía que estaba creando un libro imposible y lo más congruente era no publicarlo. Antes de Internet, y al igual que su amigo Carlos Monsiváis, se convirtió en un «motor de búsqueda» que articulaba datos dispersos y referencias que jamás se habían cruzado. La sostenida aparición de sus columnas hizo que esa peculiaridad adquiriera la rara apariencia de algo «natural». JEP ocultó su originalidad transformándola en costumbre.

Armando Ponce, director de la sección cultural de *Proceso*, ha relatado el tino con que reaccionaba ante la concesión del Premio Nobel. Ciertos galardonados, que podían sorprender a otros comentaristas, eran abordados por Pacheco con la seguridad de quien lleva años esperando la noticia.

Esto permite hacer algunas conjeturas sobre la forma en que leía, anticipando temas futuros. Coleccionista de minucias, aguardaba el momento para conectarlas. En el laberinto de los libros, las revistas y los cables noticiosos recogía hallazgos que podían calificar como rarezas o curiosidades y adquirirían relevancia con el acontecer. *Inventario* solo se explica por el fervor con que Pacheco ejercía la lectura potencial, aquilatando un texto en espera de un sentido posterior, dictado por la contingencia.

Tanto el escritor satírico como el enciclopedista ejercen una pedagogía moral. El primero edifica por medio del defecto, señalando los vicios que deben evitarse; el segundo, preserva la civilización en medio de las ruinas y propone un sistema de alarma para evitar daños mayores. Como Voltaire, Rousseau, Borges o Alfonso Reyes, Pacheco pertenece al segundo orden; acopia el saber y critica la decadencia de la cultura, la urbanidad en riesgo, la destrucción de la naturaleza. Cuando no tiene un blanco a la vista, y así esté hablando de otra cosa, arremete contra la devastación de la Ciudad de México (al ocuparse de Efraín Huerta recuerda los «dos volcanes muertos cubiertos por la nieve» descritos por el poeta en 1950, ya convertidos en «el único espacio del DF que aún no alcanzamos a destruir ni a envilecer», y al resumir la curiosa biografía de José Santos Chocano se desvía para decir que las nuevas obras de vialidad «han convertido de una vez y para siempre a México en el *Detritus Federal*»). *Inventario* es, simultáneamente, archivo y ventanilla de

quejas, el compendio de lo que merece ser conservado y de los impedimentos para que eso suceda.

Pero también estamos ante un formidable caso de hedonismo. La columna le permitió a Pacheco ejercer en forma vicaria variantes de la escritura que le apasionaban, pero que no abordó de modo canónico. No fue biógrafo, historiador, novelista de aventuras, dramaturgo ni analista de estrategias militares; sin embargo, todas estas facetas alimentan su periodismo cultural. Ante la necesidad de informar, suplanta a la autoridad que no ha llegado al tema. Abre el tremendo expediente de Antonio López de Santa Anna, once veces presidente de México, y comenta: «Hay buenos libros acerca de Santa Anna pero aún nos falta la gran biografía, el estudio del hombre, época y sociedad que ya puede emprenderse con base en los trabajos monográficos de años recientes. Mientras llega esa obra, conviene repasar en forma mínima lo que aprendimos y olvidamos en la escuela». Con típica falsa modestia, finge apoyarse en sus recuerdos escolares para trazar un complejo retrato del ditirámico guía de hombres que celebró un funeral de Estado para su propia pierna. No es casual que le entusiasmara la novela *Ragtime*, de E. L. Doctorow, publicada un año antes de esa nota, que convierte episodios históricos en sustancia narrativa.

En sus textos historiográficos acude con frecuencia a la anécdota secundaria, la *petite histoire* que redondea y sazona los hechos: «El paso del tiempo dignifica los chismes de una época y los convierte en historia», escribe a propósito de la legendaria Rosario, que hechizó a Luis G. Urbina, Guillermo Prieto y José Martí, y llevó al suicidio a Manuel Acuña.

Algunos de los momentos más felices de *Inventario* son miniaturas teatrales, como el encuentro de Amado Nervo y Ramón López Velarde en la calle de San Juan de Letrán. En el México de los ochenta, López Velarde, discípulo de Nervo, tiene una reputación superior, pero el autor de *La amada inmóvil* entiende mejor la forma en que se fraguan las reputaciones y acepta complacido que todos los poetas se mezclen y confundan en la sensibilidad de los lectores.

En otro diálogo imaginario, Pacheco hace que Ignacio Ramírez diga que la palabra «México» significa «Lugar donde los muertos se convierten en calles». Visto desde la historia oficial, el pasado es materia inerte,

placas que se oxidan en las esquinas de las calles. A contrapelo de la museificación de la historia, el memorialista busca darle vida a lo ya sucedido. Por ello, al evocar la figura de Tina Modotti, Pacheco se refiere a «la *nostalgia de lo inmemorable*, de lo que no vivimos ni viviremos jamás». Paradoja de la crónica: el presente es la actualidad que muere, y el pasado, la vida que se recupera y no se tuvo. En un juego de perspectivas, el narrador aleja lo próximo y acerca lo distante.

En el periodismo de los modernistas, con Martí y Darío a la cabeza, Pacheco distinguió «el gran campo experimental del movimiento renovador». Décadas después, «Inventario» se beneficia de la ficción y ofrece, entre otras fabulaciones, el monólogo interior del asesino de Álvaro Obregón y una farsa futurista de la sociedad del espectáculo en la que el actor de telenovelas Ernesto Alonso es secretario de Gobernación, el Indio Fernández secretario de Defensa y Chespirito secretario de Educación.

De manera emblemática, el texto sobre Santa Anna se publica el 27 de junio de 1976, once días antes del golpe a *Excélsior*. Se trata del penúltimo «Inventario» en el periódico dirigido por Scherer. Al retratar los delirios del poder en otra época, retrata el clima en el que escribe. Pacheco está pendiente de la circunstancia que lo rodea; a tal grado que en ocasiones se reclama a sí mismo su falta de oportunidad. En octubre de 1980 dedica cuatro piezas a Quevedo y al comienzo de la cuarta exclama: «¡Otro artículo sobre Quevedo! Es antiperiodístico. Es evasivo. Realmente no vale la pena. Qué tiene que ver con México. ¿Usted cree que a un campesino de Chiapas le interesa Quevedo, puede entenderlo?». Esta autocrítica tiene un sentido paródico; obviamente, la literatura del Siglo de Oro no es prioritaria para un campesino de Chiapas, pero tampoco lo son los demás temas de *Inventario*. Aunque acepta su exageración al concentrarse tanto en un solo autor, su idea del periodismo depende de ese tipo de excursiones intelectuales. Escribe convencido de que la cultura clásica española es parte de nuestra tradición, de que no hay asunto suficientemente complejo para que no lo aborde el periodismo y de que las monedas antiguas tienen valor de cambio en el presente.

Después de abrir su texto sobre el autor de *El Buscón* con una arenga contra lo «antiperiodístico», encuentra en el propio Quevedo su razón

de ser como cronista: «No se ha dicho que él es el primer periodista español, el primer escritor que habló desde la actualidad inmediata en obras como *La España defendida y los tiempos de ahora*, *Grandes anales de quince días*, *La rebelión de Barcelona*, *El alevoso manifiesto de Vasconcelos*».

¿Qué límites plantea el continuo mirar atrás? La recuperación narrativa del pasado corre el riesgo de mistificar a sus criaturas. Al escribir de los piratas de América, señala que los corsarios y los bucaneros corren el riesgo de ser vistos como convenciones literarias y no como realidades que amedrentaron las costas del mundo. Los novelistas se ocuparon tanto y tan bien de ellos que contribuyeron a un «proceso irrealizador» de figuras auténticas. Al glorificar a los personajes históricos, la ficción puede transformarlos en seres de leyenda. Es posible que este prurito haya influido en renuncia a escribir novelas sobre dos temas que lo apasionaron durante toda su vida y que suelen llegar juntos: los acontecimientos históricos y las batallas. *Inventario* es una demostración del espléndido novelista de peripecias que Pacheco no quiso ser. El efecto secundario de esa vocación cancelada son indelebles crónicas sobre protagonistas de la Independencia, la Reforma o la Revolución, y sugerentes descripciones de escaramuzas militares. Borges dijo que, en su condición de hombre cobarde, admiraba la valentía. Como otros pacifistas antes que él, Pacheco detestaba la guerra pero se dejaba cautivar por el ajedrez de los ejércitos.

Varias veces se refirió al primer Porfirio Díaz, en el que no podía intuirse al futuro dictador, el héroe que recuperó la Ciudad de México durante la Intervención francesa, apoyándose en una tropa muerta de hambre: los chinacos. Su entrada a la capital produjo más susto que alivio: no por lo que esos andrajosos batallones pudieran hacer ahí, sino por el estado en que se hallaban. Hombres enjutos, famélicos, almas en pena que sin embargo habían derrotado a uno de los ejércitos más poderosos sobre la Tierra.

En otro pasaje, Pacheco describe con precisa logística la toma de Puebla por parte de Díaz: «Al frente de cuatro mil hombres Díaz ya estaba entrando casa por casa en Puebla. Cuando supo que Márquez se aproximaba, decidió jugarse el todo por el todo y lanzarse al asalto general.

Tres columnas atacaron el convento del Carmen a fin de distraer a los imperialistas mientras otras catorce columnas esperaban la señal para la gran ofensiva: un enorme lienzo que ardería en la iglesia de San Juan».

Los pasajes épicos de *Inventario* contrastan con dosificadas y eficaces ráfagas de humor. En su registro de la realidad no faltan los golpes de ironía («El Congreso —tradicionalmente formado por hombres capaces de aplaudir de pie su propia sentencia de muerte») ni los asombros del observador atento: «El gran talento urbanístico estadounidense fue confiar la belleza de sus pueblos exclusivamente a los árboles». Tampoco escasean los atinados atisbos del porvenir. En 1979, JEP anticipa la pérdida de privacidad que traerá la cultura digital: «En algún lugar hay una computadora en cuya memoria está inscrita nuestra intimidad toda» y aborda un tema que años después será tratado por Paul Virilio: el cortocircuito que provoca la excesiva marea de datos. Antes de la avasalladora llegada de las redes sociales, profetiza: «La información es tan abrumadora que no sirve para nada, la plétora nunca vista de datos hará prácticamente imposible reconstruir nuestra época».

El autor de *No me preguntes cómo pasa el tiempo* no podía resistirse a practicar ejercicios contrafactuals, imaginando la posible historia alterna de hechos verídicos. En un «Inventario», imagina que Ramón López Velarde no muere a los 33 años. Como ha sido maestro de Miguel Alemán en la Preparatoria, obtiene un «hueso» y se convierte en burócrata de la cultura. En otro texto, Álvaro Obregón no es asesinado en 1928: el general invicto de la Revolución se consolida en el poder y se convierte en un dictador comparable a Porfirio Díaz.

Historiador de los demás, en ocasiones también lo fue de sí mismo. De pronto exhumaba alguno de sus textos para contrastarlo con sus ideas en el presente. En 1982 recordó que, veinte años antes, había escrito la primera nota mexicana sobre un ilustre desconocido: Gabriel García Márquez. En otro texto recupera una crítica a *Las peras del olmo*, de Octavio Paz. Estamos ante un singular caso de ambivalencia, muy propio de la barroca cortesía mexicana. El redactor de «Inventario» se descalifica con estas palabras: «Pontifiqué con el aplomo que solo puede dar la ignorancia». Luego cita *in extenso* la reseña en la que habla de «las retorcidas “Semillas para un himno”» y arremete contra los «súbditos

laudatorios y críticos particulares» que tanto daño le están haciendo al poeta. Al reproducirse en 1982, cuando Paz es la figura dominante y en cierta forma opresiva de la cultura mexicana, la crítica ofrece una saludable nota discordante en un medio donde la discrepancia casi siempre ha sido vista como enemistad (el propio Paz lamentó que no hubiéramos tenido una Edad Crítica). Es cierto que Pacheco se descalifica, pero su argumentación no deja de surtir efecto.

Inventario registra la evolución de un temperamento intelectual que muy rara vez, pero siempre en forma definitiva, toca la vida del autor. Dentro de los escauceos autobiográficos, vale la pena detenerse en la columna del 7 de noviembre de 1977, que rememora una estancia en el Campeche de 1951. A los 12 años, José Emilio descubre los placeres del mar y la naturaleza. El hedonismo del entorno representa un decisivo rito de paso. Sin embargo, en esa apartada costa también conoce la pobreza extrema, se siente perseguido por los «otros» y se avergüenza de sus privilegios. Aprende que el paraíso existe pero ha sido mancillado. Esta lección no lo abandonará en ninguno de sus textos, muchos de ellos dedicados a ejercer un recurso que encomió en Quevedo: «la imaginación del desastre».

En las sobremesas, disfrutaba narrando el sinfín de coincidencias necesarias para que un milenario bloque de hielo hubiera chocado con el Titanic. Con peculiar deleite, conectaba los datos dispersos que volvían explicable la tragedia.

A propósito de la relación entre la Nueva España y la metrópoli escribió: «Los pobres ven a sus opresores devorar platos de una cocina suntuosa, engendradora de la siesta que aprovechan sus frugales enemigos protestantes para ir socavando el suelo donde se apoya el dominio peninsular». De nueva cuenta, acontecimientos que parecerían destinados a no cruzarse explican lo real de modo sorprendente: la injusticia social del siglo XVI permite a las clases altas de España sucumbir a la glotonería, lo cual les impone la moda de la siesta; mientras tanto, más sobrios y calculadores, los puritanos ingleses se preparan para vencer a la Armada Invencible. Demasiados guisos y demasiadas siestas cambian la historia del mundo.

Compendio de asombros disfrazados de minucias, *Inventario* es la aventura, necesariamente parcial, de un artífice que se planteó, con modestia de artesano y pasión por lo imposible, abarcar la totalidad.

LA ARENA Y EL AGUA

¿Resisten las empresas literarias? ¿Es posible edificar entre ruinas? Una y otra vez Pacheco alude a la condición perecedera de la cultura. Es pesimista respecto al número de lectores, la calidad de la educación, el desprecio contemporáneo por valores que una vez fueron esenciales. Y sin embargo, insiste. *Inventario* es el tenaz espacio donde alguien dibuja sobre la arena, sabiendo que los signos serán borrados por el agua. Todo dura demasiado poco. Después de revisar la titánica tarea de Vasconcelos, concluye que en 1982 el maestro de la novela autobiográfica apenas merece un «fugaz minuto de su posteridad». Más temprano que tarde, cae el crepúsculo y los dioses relegan al olvido a quienes fueron sus favoritos.

Sin embargo, es posible que Pacheco no comparta una certeza sino una advertencia. Aunque señala que la cultura se desvanece, la defiende con denuedo. «Somos nuestras contradicciones», comenta hacia el final de su columna dedicada a Vasconcelos.

En un ensayo apasionante, el poeta y ensayista colombiano Darío Jaramillo Agudelo descifró el enigma de los heterónimos poéticos de José Emilio Pacheco:

Los dos principales son Julián Hernández y Fernando Tejada (o Tejada), que aparecen en *No me preguntes cómo pasa el tiempo* y están recogidos en las diferentes ediciones de *Tarde o temprano* en una sección que, vuelvo al principio, alude a don Antonio Machado y a su *Cancionero apócrifo*. También en diferentes circunstancias aparecen Juan Pérez Pineda, Daniel López Laguna y Pedro Núñez.

Estos cinco heterónimos poetas, los dos principales, Hernández y Tejada, y los otros tres, Pérez Pineda, López Laguna y Pedro Núñez, tienen un de-

nominador común que no he visto citado y que descubrí por casualidad. El primer indicio surgió cuando averigüé por Julián Hernández y en los buscadores de la red me apareció un Julián Hernández, un cajista de tipografía del siglo XVI conocido como traficante de traducciones del nuevo testamento. En aquella época, ese trabajo merecía las atenciones que con tanto esmero solía procurar la Santa Inquisición de Sevilla, según lo cuenta don Marcelino Menéndez y Pelayo en esa singular (y, a su modo, entretenida gracias a un involuntario humor negro) *Historia de los heterodoxos españoles*.

Para despistar, Pacheco mexicaniza la vida de sus cinco heterónimos, pero todos ellos provienen del acervo de los irregulares recogido por Menéndez y Pelayo. No es casual que se amparara en nombres de herejes perseguidos por la Inquisición, tema que aborda tanto en el guión de *El Santo Oficio* como en significativos pasajes de la novela *Morirás lejos*. El descubrimiento que Jaramillo Agudelo dio a conocer en 2015 confirma el interés de nuestro autor por las vidas que ocurren a contrapelo. En *Inventario* asume la perspectiva de un heterodoxo descontento con sus días y dispuesto a una tenaz y dilatada resistencia; desde esa incomformidad, celebra novedades que podrían pasar inadvertidas y defiende los amenazados logros de la tradición.

Una y otra vez, José Emilio Pacheco diagnosticó la catástrofe para luchar contra ella. Su apuesta fue deliberadamente imposible; mientras registraba la devastación de la cultura, escribía un riguroso instrumento para combatirla: *Inventario*, el libro incesante que solo podía quedar inacabado.

Ciudad de México, 24 de noviembre de 2016

APÉNDICE

«Inventario» de datos curiosos recogidos por Pacheco

- A Antonio López de Santa Anna «un día le sirve la mesa un adolescente descalzo llamado Benito Juárez».
- 1822 es «el año en que se inicia formalmente el modernismo porque Martí comienza entonces sus “Cartas de los Estados Unidos”».
- La costumbre mexicana de contestar el teléfono diciendo «bueno» posiblemente viene de fines del siglo XIX, cuando se instalaron las primeras líneas en el país y las llamadas se hacían a través de una central y había que dar por bueno el enlace con la telefonista que lo producía.
- Santa Anna fue hecho prisionero en Washington; ahí «mastica sin deglutirla una extraña sustancia». Su custodio le pregunta qué es eso. «Se llama chicle», dice el mexicano. «El oficial se apellidaba Adams. Fundó el imperio del *chewing-gum*».
- «Un anónimo artesano de Kocs, Hungría, desencadenó un proceso que aún no termina y puso el nombre de su aldea en todos los idiomas (Kocs: coche)».
- «Garibaldi fue en 1884 el modelo de Emilio Salgari para inventar Sandokán».
- «Los investigadores nacionales deberían decirnos si es por garibaldismo que llamamos “sardos” (oriundos de Cerdeña) a los soldados rasos».
- «Haile Selassie no es un militar ni puede comunicarse con sus tropas más que mediante tambores (en 1935 el teléfono aún no llega a Abisinia)».
- José Santos Chocano tiene el mérito de ser el único escritor al que Pancho Villa le escribió un prólogo.
- «La gente cree que “marine” quiere decir “marinero”. No es así: son los soldados que vienen dentro de los barcos, un cuerpo de ejército especialmente entrenado para estas misiones. No se ocupan de la navegación, solo de combatir en tierra».

- *La vida breve*, de Juan Carlos Onetti, no comenzaba con la exclamación «Mundo loco», sino con esta otra, censurada por los editores y nunca restituida en ediciones posteriores: «Burdel de Dios».
- Henry Ford encontró en los mataderos de Chicago la idea para la producción en serie de automóviles.
- Francisco de Terrazas, primer poeta lírico de nuestra lengua, nació en la Nueva España y fue hijo del mayordomo de Hernán Cortés.
- El último sobreviviente del batallón del general Custer fue un caballo. Se llamaba «Comanche».
- La narrativa en español se renovó gracias a un autor de libros de mercadotecnia experto en seminarios para preparar vendedores: J. Salas Subirat, que tradujo el *Ulises*, de James Joyce.
- La guerra y el amor tienen algo en común: ambos «se declaran».

JAVIER VELÁZQUEZ

DOS POEMAS

LACA

(Lección de poesía)

Un enjambre de insectos se aferra
A las plantas por toda su existencia.
Debido a sus picaduras, las ramas
Exudan una sustancia resinosa,
Quebradiza y traslúcida.

Igual que el líquido, la muerte
También se transparenta:
Los pequeños animales
Se asfixian con su propia materia.

No obstante,
Su obstinada labor la desempeñan
Con una ciega voluntad,
Sin importarles que mañana
Su obra sea usada como vulgar barniz
Para darles un poco de brillo
A los objetos de este pobre mundo.

ELEGÍA

Recostado sobre esa pared
Y expuesto al aguacero, el colchón
Ha sido expulsado de la casa.

Arrastrado a mansalva hacia el patio,
Asoma sus resortes y sus manchas
De humedad: las del gozo
—naturalmente—,
Pero también huellas
De duras y largas noches insomnes,
En que deudas, desamores y penas
Nos agobiaron sin misericordia.

Por habernos soportado, heroico,
Le agradecemos en voz baja,
Mientras los insectos se anidan
En su ya vejada fisonomía.

Pero ahí, recostado sobre esa pared,
Da la impresión que fue por culpa suya,
Y no nuestra, que muchos de los sueños
Que inútilmente albergamos
Se hayan ido también a la basura.

IGNACIO TREJO FUENTES

JERUSALÉN, EL OMBLIGO DEL MUNDO

Un dicho de insuperable sabor regionalista sostiene que cuando Dios hizo al mundo lo dotó de diez porciones de belleza: nueve de ellas fueron asignadas a Jerusalén y la otra se repartió en otras partes. Los israelitas están convencidos de que su país es el centro del orbe y que Jerusalén es el ombligo.

De esta tierra se habló por primera vez hace cuatro mil años, y con distintos nombres (Ciudad Eterna, Centro del Mundo, Ciudad de la Fe, Ciudad Capital, Ariel...) ha sobrevivido a invasiones, sitios y destrucción por distintos imperios: egipcios, babilonios, sirios, romanos e ingleses se han asentado aquí en distintas etapas, y Jerusalén sigue vivo y esplendente. Nada más, ni nada menos, nacieron aquí las tres religiones monoteístas más importantes de cuantas hay: el judaísmo, el islamismo y el cristianismo, y quiérase que no coexisten dentro de las espectaculares murallas de la Ciudad Vieja, donde sectores de cada raza y religión están obligados a ¿convivir? en un abigarrado amasijo de antigüedad y modernidad, de símbolos y lenguas. En este espacio tantas veces modificado puede verse el Muro de las Lamentaciones, donde judíos provenientes de todo el mundo rezan y se confiesan y piden perdón y favores con un fervor inusitado; o la gran mezquita del Domo Dorado, la tercera en importancia en el mundo islámico, después de Medina y La Meca; y por supuesto, la Basílica del Santo Sepulcro, donde yace Jesús, y a la que llegan peregrinaciones desde todo el mundo cristiano siguiendo la Vía Dolorosa, por donde Jesús cargó la cruz en la que sería sacrificado.

Pero la actual Jerusalén no es solo eso. La fisonomía de la metrópoli es apabullante de tan hermosa. Por ley, todas las construcciones (los edificios más altos no deben sobrepasar los doce niveles) están hechas con «piedra de Jerusalén», de color arena, casi marfil, que le dan un aire singular lleno de luz. Y si se camina por esas calles se descubre que nunca son iguales: de pronto, tras un parpadeo, se está en medio de amplias y modernas y limpias avenidas llenas de autos y de gente y de comercios, y unos pasos allá se topa con bellísimas zonas residenciales de inocultable perfil antiguo; si se sale de ahí se llega a barrios habitados por judíos religiosos que llevan siempre sus pesados ropajes negros y su sombrero de copa y sus rulos o tirabuzones de pelo, los hombres, y vestidas hasta el tobillo las mujeres, aun las niñas. Luego, se llega a sectores árabes donde la apariencia cambia del todo: se advierte una relajación en más de un sentido. Más allá se halla la Colonia Alemana, de gente rica, o una zona residencial similar a las Lomas de Chapultepec de la Ciudad de México.

Como en toda gran ciudad que se precie de serlo, en Jerusalén se dan la mano la opulencia total y la pobreza: hay quienes poseen fastuosas residencias que solo ocupan durante los días de guardar y hay pedigüeños y niños que limpian parabrisas de autos. Hace cuarenta años, la ciudad estaba geopolíticamente dividida entre Israel y Jordania, pero se logró la reunificación de Jerusalén, cuyos festejos me tocó presenciar. En fecha próxima será recordada la Guerra de los Seis Días.

Es asombroso constatar cómo a pesar de que los pesados aires de guerra se agitan sobre este país (ahora mismo terroristas palestinos asedian poblaciones judías con misiles en la Franja de Gaza y en el Sector Oeste, en un interminable empeño de mostrarse las garras), de que los israelitas se saben en la mira de varios países enemigos que los rodean y quieren su aniquilación, la vida parece ser normal en las ciudades: la gente trabaja y se divierte, frecuenta bares y museos y galerías, los comercios y los restaurantes están atestados, se cumplen rigurosamente los ritos religiosos en sinagogas, mezquitas e iglesias, se efectúan ferias locales e internacionales de libros, hay conciertos y espectáculos de danza, y teatro, mucho teatro... Los jóvenes, los que no están cumpliendo su servicio militar, van a las escuelas, a las universidades, viajan, aprenden idiomas, se aman... como si tal cosa.

Aunque no se quiera que eso parezca demasiado evidente, es innegable la fricción existente entre árabes y judíos en Jerusalén (los cristianos son cosa aparte, deambulan como si no existieran): cada quien vive en sus propios sectores, tienen servicios de transporte específicos y se atribuyen unos a otros cualquier desquiciamiento, por leve que sea, en esta comunidad tan ordenada. Lo que llega a enfadar es la constante e inevitable revisión a que cada uno debe ser sometido al entrar a todos los espacios, desde restaurantes a hoteles y aun en las escuelas y supermercados.

Pero el visitante puede pasar semanas y semanas sin agotar las maravillas de la ciudad. Debe visitar por obligación la Ciudad Vieja o el Hotel Rey David, que suele hospedar personalidades de todo el mundo; el Museo del Holocausto; el extraordinario Museo de Israel, donde se albergan los rollos del Mar Muerto; el Monte de los Olivos: a donde uno mire o vaya se topa con fragmentos de historia, de cultura que enchinan la piel. O de plano es recomendable irse a ese espectáculo alucinante que es el Mar Muerto, o a Galilea, a Belén, a Jericó, a Nazaret, lugares no menos arrebatadores y que están razonablemente cerca de Jerusalén.

Ningún viajero puede sentirse decepcionado al estar aquí. La ciudad es de lo más limpia y ordenada, no hay anuncios espectaculares sobre casas o edificios, ni perros callejeros (miles y miles de gatos ocupan su lugar), el servicio de transporte metropolitano es eficiente y puntual, los taxis abundan, la policía vigila con celo, la gente es amable pese a su aparente frialdad. La comida es sensacional por su variedad, aunque prevalezcan las ensaladas y los pescados sobre la carne (no existe el jamón), debido a la confluencia de tantas ciudadanías y por lo tanto culturas.

Israel, como muchas partes del cercano y lejano Oriente, es una Babel. Me ha impactado de manera especial que los jóvenes israelitas hablen, además del hebreo, inglés y por lo menos un idioma como italiano, francés o español (es impresionante su familiaridad con este último). Esto se explica porque, debido a que su lengua es muy regionalista, si no aprenden idiomas para comunicarse con el mundo se quedan aislados; y de la frecuentación de idiomas latinos por los jóvenes, debo decir que al terminar su servicio militar (tres años los varones, dos las damas), el

Estado les da jugosas compensaciones que aprovechan para viajar, sobre todo a Latinoamérica (Estados Unidos no les atrae tanto, por las dificultades para conseguir el visado). En las seis semanas que he pasado aquí para encargarme de la Cátedra Rosario Castellanos en la Universidad Hebrea de Jerusalén, donde enseñé literatura narrativa mexicana, me he desenvuelto con absoluta facilidad mediante el inglés y muchas veces el propio español: me he hecho de una cantidad pasmosa de amigos israelitas, sobre todo jóvenes, quienes me han invitado a cenar a sus casas, a conciertos de rock ien hebreo! o de salsa. Son de una generosidad admirable, y pocas veces aceptan que me encargue de pagar el consumo de comida o tragos.

Enseñar literatura mexicana contemporánea ha sido una experiencia *sui generis*, porque estudiantes de Letras que son, frecuentan los métodos de análisis literario formalista, estructuralista, *neoformalista*, posmodernista (lo que esto sea y signifique), o se ven obligados a frecuentar al Inca Garcilaso, a Góngora, a Quevedo... y toparse con Josefina Vicens o Inés Arredondo, con José de la Colina, con los escritores de la Onda, con la divertida Ana García Bergua, con el demoledor Enrique Serna, con el desfachatado Guillermo Fadanelli, con los autores del *crack*, con los norteños Élmer Mendoza, Juan José Rodríguez, David Toscana o Eduardo Antonio Parra... los ha puesto frente a algo insólito que les gusta de veras.

Por su historia, por su antigüedad, por los vientos de inquietud y zozobra que soplan sobre ella, por su arquitectura delirante, Jerusalén es una ciudad que los viajeros deben tener en los primeros lugares de su agenda. Nada que ver con Nueva York o con París, con Roma o con Munich, con Londres o con Viena, pero Jerusalén es bellísima, adorable, y como se dijo por ahí de otra ciudad, bien vale una misa, o cuando menos una fiesta interminable.

GENEY BELTRÁN FÉLIX

EL FUTURO EN LOS COLMILLOS

la orfandad no se olvida, se es

GUILLERMO ARREOLA

—¿No quieres ver lo que te has ganado?

Eso dijo el hombre. A sus espaldas un jovencito aullaba retorciéndose sobre la tierra arenosa; con las manos sobre la quijada quería parar la hemorragia.

Robusto y calvo, el hombre tenía una larga cicatriz en el labio inferior (se le veía como si un gusano le jugueteara en la boca). Entre los escombros, al lado de una salpicadera y un motor enmohecido, sobre botellas de plástico y ropa destrozada, había cuatro cuerpos de adolescentes, quietos y con la piel desnuda ya pálida por entero. Varios otros más allá se movían con un dejo lento y de dolor: la camisa llena de sangre, extendían un brazo hacia los chavalos de la fila en la entrada del basurero como si con llamarlos así hubieran de contrariar la suerte que se les había venido escondiendo en la dentadura.

En la fila detrás de la Nancy y su primo, los muchachos esperan todos de pie, sin hacer más que algún murmullo se acurrucaban contra la pared, tomando un pedazo de la sombra que el alerón de la entrada permitía. Sin querer voltear hacia los chamacos que se desangraban a pocos metros, la Nancy sostenía entre los dedos los billetes verdes como equivocadas flores de las que algo parecía avergonzarse. «Por idiotas», pensaba. «Eso les pasa por pendejos y muertos de hambre, pero él sí es bien listo».

Al oír la pregunta que el hombre calvo dirigía a su primo, ella le acercó el dinero; fue entonces que el chico la detuvo.

—Mejor siempre no —puso la mirada en el suelo—: aquí no quiero... No está bien.

Sin salir del azoro, la Nancy volteó a verlo abriendo mucho los ojos.

—¿No te animas? Vete con tu cara de mayate a chingar a otro lado —el tipo le lanzó con cercanía el grueso aliento a tabaco, como si así lo fuera a hacer trastabillar—. Oye, tu cara se me hace conocida —el chico ya se estaba dando media vuelta—. ¿Tú eres el hijo del Mojado? Yo iba a tu casa...

El chico pasó saliva antes de contestarle.

Tartamudeó (le estaba ardiendo toda la cara).

El hombre sonrió al oír la respuesta. Le puso la mano en el hombro, hablándole en voz baja con un gesto cómplice que parecía querer hacer a un lado a la Nancy. Ella traía en la garganta bloqueados los gritos con los que habría deseado regañar a su primo.

—Muy valiente tu viejo —soltó el hombre abriendo mucho los ojos—, pero un cabrón cien por ciento. Lástima que acabó como acabó. Yo fui su amigo, de los de cuando era un morrillo. También traté a tu jefa. Ahi con ella te habré visto —y se acercó al oído del chico, moviendo los ojos grises hacia arriba—: si cambias de opinión, pasa conmigo directo. Pregunta por Refugio. Ni se te ocurra ir al Estadio: allá jalan parejo con todos...

El chico se llevó la mano a la frente imitando el saludo poco entusiasmado de un soldado, murmuró gracias y salió. La Nancy iba furiosa detrás suyo, con las mejillas rosadas y los ojos esparciendo la ira. Verlo así, con expresión de niño que no ha cometido la menor travesura, le exacerbaba el furor.

—¿Qué? —se le adelantó el chico, intentando lucir un puño levantado en la voz.

—¿Para eso me hice cargo de ti?

—Yo no te pedí que me ayudaras —escupió el chico al contestar.

A ese primo seis años menor, la Nancy lo escuchó gemir hace tres meses, seco de lágrimas; lo llevó a vivir a su casa luego de que con su propio dinero saldó las cuentas del hospital y la funeraria.

Desde entonces él la había visto comportarse como si le doblara la edad: dirigía el almacén en el mercado con mano fuerte; sabía bien son-

reír y regatear y gritar y responder a mayoristas e inspectores; conducía, fumaba y bebía con señorío: la frente amplia, peinada de chongo, los hombros erguidos. Cada que deseaba algo solo le bastaba engrosar un tantico la voz, y así es como lo había traído y llevado, cuidado y reprehendido —primo huérfano menor de edad con fama de nerd y poco avisado para las cosas prácticas—, haciéndolo sentir un cerdo en engorda, pariente que el futuro volvería alcalde o empresario y que en esa condición sabría cuidarla, ya de vieja, sin chistar. Lo de venir al basurero se lo vino pidiendo desde hacía semanas: «Si cumples 16 sin que te lean el ónix, vendrán por ti —le dijo varias veces— los cabrones del Estadio».

Ahora lo seguía en silencio. ¿Por qué se rehusó este ñengo a entregarse en el basurero? ¿Tuvo miedo al ver los cuerpos ahí agonizando? ¡Pero si él no era un pobre diablo! Y ella traía lana para conseguirle un trato limpio...

Cuando hubieron dejado atrás las últimas barracas y pisaban con veloz suela el pavimento, la Nancy se acercó, y en contra de sus impulsos más fúricos, le dio un abrazo. Se ha de estar el pobre cagando de pavor. Tenían la misma estatura. El chico dejó caer la cabeza sobre el hombro de su prima y empezó a mugir, los brazos caídos. La Nancy supo de inmediato que él querría sacar con llanto todo el miedo que traía al modo de granos de hielo en las arterias. Sentía el pecho del chico agitarse contra el suyo. Los sollozos se le cortaban igual que si a la altura del cuello se le hubiera erigido una barda de vértebras oxidadas.

—No sé qué ven todos en mí —balbuceó, jalando los mocos.

La Nancy le palmeó la espalda como lo haría con un recién nacido que no logra sacar el aire.

Claro que lo quería, y por sí solo; desde chamaquito lo había venido tratando, desde que él y su madre se vinieron a vivir de Celestino, cuando el pobre era un plebitito esmirriado de pocos años, tímido y asustadizo. Como un favor a su tía, ella —chamaca confiable y juiciosa— lo cuidaba por las tardes. ¿Podría olvidar la primera vez que llegó golpeado de la escuela? El chico estaba en segundo grado. Algún compañero quién sabe cómo se enteró de su origen. Lo sacó de la fila, empujándolo contra la pared; lo acusó: «Tú vas a salir igual de matón que tu padre, ¿no te da vergüenza?» Luego de consolarlo, la Nancy lo dejó dormido en el sofá. Hubo un momento en que, atareada con sus propias cosas, lo perdió de

vista; al buscarlo, lo hubo de hallar en la cocina. El piloto de la estufa estaba prendido, él extendía la palma derecha sobre la flama. Reprimía cualquier lágrima.

Un perro gris, de huesos pegados contra la piel, vino a restregarse contra la pierna del chico, quien lo hizo a un lado con el pie. La Nancy quería decirle que de todos modos, más allá del cariño, era fácil verle las esperanzas gruesas madurándole en los ojos, en los dieces de la escuela, en su don para las lenguas y los concursos de oratoria. Por eso debía sacarse el ónix pronto, que lo dejaran en paz y pudiera seguir estudiando. Aquí en el basurero todo se habría resuelto dando una mordida.

Nada dijo al final. Lo enfiló mejor hacia el auto, en silencio. Ya dentro, cuando él se veía más calmado, le fue hablando sobre el vecino de una amiga, «Ah qué muchacho, era listísimo, flacucho y bien cimarrón pero, negándose a la insistencia de sus padres de ir al basurero y resolver el trámite con una lana por debajo del agua, se formó en el Estadio».

—Según él quería hacer las cosas derechas... ¿Y tú crees que lo volvieron a ver?

+++

La Nancy le llevó una camisa limpia, un bule de agua y una bolsa con manzanas y sándwiches. Se recogía el mechón rubio de sobre los ojos, y aunque él quería pedirle: «Así déjalo» —más jovial se vería—, se contuvo al verla sacar un suspiro que bien podría ser de impaciencia o de hartazgo: sintió una soga nerviosa tensándosele en la columna al saberse en falta frente a ella. ¿Podría decirle «Te eché de menos» sin exasperarla? ¿O contarle que toda la noche se oyeron gritos horripilantes de dentro del Estadio?

—Me muero de sed —dijo al fin.

Los pequeños ojos de la Nancy lo vieron todo ávido beber del agua. Luego, ahí mismo, bajo el sol de la media tarde y entre los demás adolescentes que hacían fila, el chico se quitó la playera azul de los Pumas para enfundarse una camisa de cuadros verdes y grises. Estaba todo muy caluroso; el sudor le lamía el cuello y las axilas. La hilera de jóvenes rodeaba el Estadio y había ido avanzando lentamente. Los guardias ca-

minaban a pocos pasos; parecían dejar caer su sombra sobre los pies de los muchachos como una forma de aherrojárselos al suelo.

—Ese Refugio es un mentiroso —el chico movía las manos con ansiedad—. En el basurero hay también gente del gobierno, ya me contaron... Si te ganas ónix del bueno, los muy cabrones te delatan...

Ella lo miró de reojo; con un gesto veloz de la mano se quitó el sudor de la frente.

—Más vale entregarse aquí por las buenas, en serio, pa la mayoría es como ponerse una vacuna. Vuelven con su familia tan campantes...

—¿De dónde inventas tantas cosas?

—...Y si te ganas la mejor dentadura, ya la hiciste —siguió él impetuosamente—. A un bato de Los Guamúchiles lo mandaron a una academia en El Otro Lado con una beca de varios ceros...

Ella lo dejó hablar mientras le acomodaba el cuello de la camisa. Tomó de la bolsa una manzana que él aceptó, pero sin llevársela a los labios.

—¿No tienes hambre?

—Orita me la como, en serio...

La cara alargada, los ojos mínimos de un azul claro, los labios enjutos de la Nancy lucían una agravada mueca de tensión. Sin tomarse el trabajo de contrariar los rumores que él acababa de soltarle, como quien no se rinde y querría ablandarlo dulce para que desista, le contó en voz baja de la casa de unos parientes en la costa, en las afueras de Celestino.

—Son gente de confiar... Te puedes esconder ahí con ellos un buen rato, por de mientras. Igual y el próximo presidente quita esta chingadera del ónix...

—Entiende —la cortó el chico—: quiero acabar con esto, y que sea legal todo. ¿Qué me queda?

Ella le tapó la boca con la mano. Le susurró de un amigo suyo que trabajaba en un barco:

—Podemos ir a Celestino y esperarlo; huyes a la frontera por mar —lo soltó al verle una tapia en la voluntad de los ojos.

Él movió la cabeza de un lado a otro como si así desbaratara la dura fijación de la voz de su prima.

—Déjate de pendejadas, plebe mocososo... ¿No entiendes que nada de esto puede ser legal? En el basurero, si pagas bien, ya no hay más

broncas... Además, ese tal Refugio conoció a mi tía, ¡a tu madre!, te va a ayudar...

—Ya es tarde.

—Son unos pinches borregos —levantó la voz poniendo los ojos detrás del chico, en un muchacho bajito y pálido, de cara larguirucha y nariz ganchuda, quien solo contestó esquivándole los ojos—: Esperan días aquí afuera, ¿para qué? Si traen buenos colmillos, se los van a quitar para dárselos a un niño rico...

—Mi padre hizo todo chueco siempre. Eso sí es vergonzoso. Yo tengo que pagar.

—¿Qué dices? —ella lo vio incrédula, empujándose por dentro el coraje—. ¡Tu padre es otro mitote! Si sus propios compas lo metieron en ácido, con eso habrá pagado...

La fila se movió. La Nancy lo tomó del brazo cuando él empezaba a avanzar; la manzana cayó al suelo.

—¡Déjame! —gritó él. Las uñas de su mano derecha la rasgaban en la muñeca con una carga de odio idéntica en peso al asco que sentía contra sí mismo. Ella gritó luego de soltarlo, se hincó gimiendo, abrazando la bolsa de comida igual que si fuera un hijo que está herido. Él corrió hacia el portón siguiendo a los demás. Apenas hubo traspuesto los límites, sintió, lo sintió físicamente, como si los labios delgados, los ojos fúricos, la voz rubia de la Nancy no fueran recuerdos sino materia dócil que iba poco a poco dentro de sí deshaciéndose, evaporándose. ¿Nunca la volvería a ver?

Un guardia bajo y fornido desde la puerta del Estadio vociferaba, obligándolo a avanzar:

—¡Entren, gusanos!...

+++

Primero, un pasillo con mucha luz. Las paredes habían sido armadas con un material parecido al triplay que les daba, en su blancura, un algo de provisional y de aséptico, y acaso también de peligroso, como un campo de refugiados erigido con descuido y con prisa. Se frotó los ojos.

Gritos agudos venían de cerca, no lograba enfocar netamente: traía los ojos habitados de un humo espeso. Colocó las manos contra un muro.

Un cuerpo tropezó a sus espaldas. Irguió la cabeza para identificar de dónde los aullidos (cada vez más próximos). Alguien lo tomó de la muñeca:

—Sigue a la izquierda, mi rey, ya casi llegas.

De niño se coló a un partido del equipo local contra los Pumas y recordaba el césped visto desde las gradas. Ahora creía ver, en lugar del ancho césped, nada más una sala de techos altos. ¿Adónde se había ido el resto del Estadio? La luz era excesiva. Se veían desnudas las paredes; el suelo, una lona blanca.

—Recuéstate —escuchó a sus espaldas. Frente a sí, una mesa le llegaba arriba de la cintura. Alguien murmuró su nombre. Él se tendió sobre la mesa. Unas manos rudas le pusieron correas de un material frío en torno de la quijada y el cráneo.

—Abre la boca.

Dedos rasposos le palpaban la lengua y los dientes. Por las arcadas intentó doblarse; alguien lo detuvo con fijas manos contra los hombros.

Y ahí vino entonces la quemazón. Una tenaza en el lado izquierdo de la boca. Algo súbito y profundo: supo que estaban arrancándole un colmillo, pero lo que sentía era como si, ahí en las encías invadidas, le estuviera entrando la extremidad de hierro de un insecto, algo nimio pero fuerte.

—¡Salió limpió! ¡Este es el bueno!

Una mano le palmeó las mejillas. Todo le ardía.

—Mira bien, campeón.

A su izquierda, el chico vio un recipiente de vidrio sobre una mesita. Un líquido blanquecino. Ahí la pinza dejaba caer el colmillo.

En cuestión de minutos —pensó— alguien tendría permiso para pegarle un tiro en la sien para molerlo a palos hasta el desganzamiento para lanzarlo a un calderón de pozoles químicos. Ya no había vuelta... ¡Se había equivocado! Con un temblor de frío en las articulaciones, entendió que sí quería vivir, llamar a la Nancy... Tiritaba, cual si la quijada se le mandase sola. No sabía cómo llorar; una intuición le fue subiendo

de las vísceras y le hizo saber que, pasara lo que pasara, nunca más vería a su prima.

El colmillo fue de a poco distendiéndose; la materia reaccionó ante el líquido lechoso, parecía absorberlo, se desplegó abriéndose, ampliando sus paredes. El chico levantó los ojos: contra el trasfondo de la sala siempre tan larga y tan de luz brillante, estaba un hombre de bata gris, calvo y de muy baja estatura: mediría un metro cincuenta cuando mucho. Tenía mejillas regordetas y un grano de acné, rojizo, entre las cejas. Sus ojos pequeños y grises se obstinaban imantados sobre el espectáculo del colmillo. Cuando el chico volvió a ver el recipiente, ahí estaba ya no el colmillo sino una hoja: era blanca, de una palidez casi vecina a lo metálico, a la que se le fueron dibujando signos, líneas oscuras, letras.

El chico cerró los ojos; veía dentro de sí el rostro amoratado de su madre cuando hace tres meses la identificó en una plancha fría de la morgue, frente a una joven de uniforme azul y un desvelado enfermero. Y así se le infló en los tejidos un resuello de compasión por ella, por sus noches de alcohol y depresiones, la forma traviesa que tenía de llevarse una mano a la boca cuando se reía de cosas a las que nadie más hallaría gracia, las paranoias que a la piel y a la voz le brincaban cada que veía por la banqueta a un hombre que, según ella, podría querer vengarse por algún viejo desaguizado de su esposo.

Un aullido entró cruzando las paredes; era un grito chillante, como salido de una rata en agonía.

No aguantó más.

Del estómago le subió un como vómito sin materia que le invadía el cerebro y ya no—

+ + +

Ibas por la plaza caminando. Vestías de chaleco verde, tu boina gris de tela. En el pecho la cámara; el sudor te invadía la espalda y las axilas. Al llegar al centro, bajo el asta bandera, miraste a tu derecha la fila de hoteles y residencias que seguían hasta la playa, buscabas al chofer que habría de recogerte.

Se dejaron venir los vientos, con un silbido al principio armonioso, después atronador. La historia que habías cubierto para el diario era sobre los milagros de una muchacha que veía a la Virgen en el lodo del chiquero aledaño a su casa; pero esa historia podría quedarse mínima ante lo que estaba esculpiéndose en los vientos. Al subir la frente, los ojos te avisaron de una cortina. No era una cortina; era un animal move-dizo, gigantesco. De dónde había surgido: era una ola de olas que, harta de morder el mismo mar milenario, se comía la arena; una pared de cielo que traía lodo y gente y barcas y más agua que jamás. Corriste hacia el montículo, en el extremo norte de la plaza; era muy tarde. Al arrebato siguió la paz líquida que entraba en tus pulmones con menos angustia que resignación.

La siguiente no eras un periodista de veintitantos; eras un niño de ocho. Con tu familia de vacaciones en un puerto, ocupaban varios cuartos de un hotel. Dormías una siesta; te llamó tu madre. Quiso cargarte en brazos. No entendías gran cosa de sus gritos; la hiciste a un lado con el movimiento abrupto del brazo derecho. Te llevó a fuerzas. Al salir al pasillo chocaron con un hombre y una mujer pelirrojos. Ella llevaba un traje de baño verde, lanzaba gritos aterrada. Ya en el estacionamiento, la ola los invadió con el enemigo vigor de sus aguas.

Por eso esta vez naciste en Celestino, frente al mar. Y allá tienes que volver. ¿Sueñas con agua a menudo?

+ + +

Era otro cuarto, de techo bajo. La luz venía tranquila, sin estridencias que cieguen, por una ventana. De algún lado salía música instrumental, de violines que entibian el aire con un algo dócil de tristeza, un recorrer suave de cuerdas que sin embargo lo asustaba al percatarse de la ausencia final de los gritos de antes. El hombrecito del acné, con la hoja de ónix en una mano, veía con aire concentrado los grisáceos mosaicos del suelo. El chico se recostó sobre los codos. No quería entender lo que segundos antes escuchara; esas imágenes, las olas grandes, eran precisas (las había soñado varias veces desde niño).

El hombre abandonó su pensar:

—Hay más en tu ónix —dijo—. No solo esas muertes.

El chico dejó caer la cabeza, soltó un «qué chingados» mas nada salió de las fronteras de su mente: las encías tensas, devoradas por una hormigueante parálisis, le impedían al sonido distanciarse de la boca. Se quedó como si no acertara a devolver un bocado de comida descompuesta, con la sensación culpable de quien, ansiando aclarar que solo tiene quince años, acaba de ser señalado como el poseedor de las varias capas de piel que habría venido acumulando un anciano en la espalda de su eternidad.

—Siempre has muerto joven —dijo el hombrecito—. No has llegado a viejo nunca todas esas veces.

Se le llenó el pecho de aire helado, al chico.

—Debes ir ahora a ver a un hombre que está por morir. Sin él, te quedarás con un alma insuficiente.

+ + +

¿...Que si sabía de Dávidson? Sabía de él, cómo no. Había estado yendo, de un tiempo a esta parte, a buscar al viejo Yefri en su abarrote, los lunes en la tarde. Se lo hallaba sobre el banquito, con la espalda rígida del otro lado de la reja y el mostrador, moviendo los ojos sobre las páginas de un viejo tomo enciclopédico de pastas verdosas. Apenas verlo, el Yefri decía:

—Muchacho, no pierdes tu tiempo noviando.

Cada domingo el hombre compraba un ejemplar de *Proceso*. Para cuando el chico lo visitaba, él ya lo habría leído. Chismeaban de cualquier cosa y a los pocos minutos el chico se despedía con la revista bajo el brazo.

La tarde siguiente ahí lo tenía de vuelta. El chico hacía preguntas sobre este o aquel figurón. De todos se sabía el Yefri más de un añejo episodio de dinero y traiciones, y al final de su perorata acusatoria se veía exhausto, fundido por ese drenaje de energía que le jalaban sus cóleras pero feliz de tener un escucha, una suerte de discípulo a quien le legaría no solo el recuento de las infamias cometidas por demagogos y transas

de uno y otro color, sino también, y muy principalmente, el magisterio civil de la rabia. Decir que la política era su obsesión sería poco exacto: el Yefri parecía portar una herida invencible, la de quien está condenado a manosear cada día el rosario de cuentas pendientes con cada uno de los ministros de que el *Proceso*, usando filosos adjetivos, destapaba trácalas y raterismos.

Así fue como en el semanario había venido el chico leyendo los artículos del hombre a quien ahora tenía que ver en Celestino.

—Le diremos que te reciba —anunció el hombrecito luego de narrarle sus muertes con las aguas grandes y mientras con el índice derecho se frotaba algo cremoso en la perrilla, entre las cejas—. Solo piensa que ahora nada se sostiene, por todos lados la luz hace porosas las paredes de la realidad...

Dos hombres lo trajeron. Llegaron de madrugada a Celestino. Lo registraron en un hotel de cuatro plantas ubicado en el fondo de una cuchilla a tres cuadras de la playa. Rapados, muy altos, con sus uniformes grises, ahí estaban ahora: desde la ventana podía verlos en el estacionamiento, a ratos caminando con gesto aburrido por la acera, luego se metían a la camioneta, tal vez a dormir. «¿Te das cuenta de lo que ahora nos exigen los tiempos, como especie? Todo se está moviendo en el mundo, violentamente. Nada se mantendrá oculto...». Menos de veinte horas habían pasado desde que le escuchó ese tono iluminado al hombrecito del acné. Como las palabras seguían aturdiéndolo, el chico no podía sino seguir viendo un contraste entre el blablablá esotérico que el tipo le estuvo soltando y su apariencia: podría pasar por un niño que, luego de ser puesto a rape para deshacerle el hogar a los piojos, habría visto cómo su cuerpo, mas no su voz ni la voz de su mirada, se quedó estancado en los primeros escalones de la pubertad. Por su estatura era como un hermano menor que, sin embargo, habría asumido tareas demasiado altas y gozaba quién sabe cómo de autoridad para fijarle, a él, el camino, por más que incierto, de los pasos siguientes —para enviarlo, en suma, de vuelta a su ciudad de nacimiento, de la que habían salido a las prisas, él y su madre, cuando disolvieron al Mojado.

¿Y ahora podría escapar? Si bien comió en la carretera, traía mucha hambre; las rodillas las sentía débiles. Le persistía además el agrio eco

del dolorcillo en la encía. Era un tembloroso tic en el labio inferior, como si se le estuvieran inquietando las extremidades de una vergonzosa alimaña hundida bajo la piel. ¿Qué esperaban de él esos hombres? Tantas historias que escuchó sobre ellos, ¿y querían reclutarlo? ¿Podría recurrir a los amigos de la Nancy, al güey ese del barco? Levantó la bocina telefónica; apenas tecleó la clave de larga distancia, una voz de mujer cortó la espera y le dijo «No tiene autorizado ese gasto».

¿Qué le esperaba con Enrique Dávidson? Las fotografías hablaban de un hombre robusto, de quizá uno noventa, con galopante calvicie por lo que delataban las veloces entradas el hombre trataría de aligerarlas posando siempre de perfil, irguiendo un tanto la barbilla, como si desafiara por algún viejo rencor al hombre detrás de la cámara. En su infancia había pasado menos penurias que las sufridas por quienes, como el chico o la Nancy, habían nacido después de la Madre de Todas las Crisis; su padre fue dueño de una sastrería en el centro en la que atendía a empresarios y políticos locales, los mismos que a la hora en que la fortuna empezaba a apapacharlos iban dejando la ciudad para mudarse a Celestino, cerca del gobernador, la aduana, los barcos chinos con fayuca. En su juventud fue uno de los más tenaces críticos del sistema, conoció el hostigamiento y la cárcel, hubo de vivir fuera y lejos varios años. Ahora que el poder se dividía amablemente entre ladrones ya no de un solo estercolero sino de varios, ahora que su trabajo no estaba prohibido y al mismo tiempo todo seguía estando lleno de violencia, el hombre había mantenido su aura incorruptible, la precisión del tajante adjetivo, el tono victimista a la hora de escribir para gente resentida como el viejo Yefri, no sin que fuese imposible leerle entre líneas la fatiga... Por más que siguiera tendiendo el índice elocuente contra políticos y empresarios corruptos, se sabía exiguo ante el estrépito indistinto de la prensa que había tomado el lugar del viejo silencio. Pero ahora, se preguntaba el chico, ¿podía seguir creyéndolo confiable? No había podido descifrar por su cuenta el alfabeto inscrito en la hoja de ónix. El hombrecito del acné le advirtió: «Lo que te ha faltado para vibrar en el cosmos, lo tiene en los lados de su voz Enrique Dávidson». ¿Cómo entender eso? Era una superchería... ¿O sea que Dávidson, antes tan furioso y tan fustigador,

colaboraba hoy sin más con la maquinaria que golpeaba y hacía desangrar las encías adolescentes?

Desde la ventana vio a un hombre calvo bajarse de un auto azul, caminar a la puerta del hotel. Al minuto se escuchaba el teléfono de la recámara. El chico se miró en el espejo del baño antes de contestar, como para cerciorarse de que el nerviosismo no le hubiera descolocado los rasgos faciales: seguía la misma delgadez ajada en las mejillas, su nariz alargada, los escasos pelos insinuándose en la barbilla. Cuando bajó al lobby, ahí estaba de pie Enrique Dávidson, al lado del mostrador, musitándole algo a la recepcionista con un tono paródicamente infantil de quien ya se sabe muy lejos de la edad en que serían bienvenidos los piropos. Obligada por la compostura que le decretaría su puesto frente al mostrador, la mujer no se animaba a soltar los perros del asco en sus facciones; el periodista lucía un rostro de tono verdoso, enflaquecido, con manchitas ocres aquí y allá e intensas ojeras; se le veía holgada la guayabera y había perdido al fin todo el cabello. Forzándose a sonreír, Dávidson le extendió los brazos al chico, quien largó un balbuceo al tiempo que le daba el sobre gris con el ónix dentro.

—Luego hablamos de esa madre —el hombre lo hizo a un lado con un gesto de la mano.

El sol de las cinco pretendía ya irse deshaciendo de su ímpetu caluroso: no caía más a plomo, pero tampoco ninguna brisa soplaba. El hombre resoplaba cuando llegaron a la vera del automóvil. Se detuvo ante la puerta del copiloto, llevó la vista hacia la entrada del hotel, luego a los demás espacios del estacionamiento, ocupados por una camioneta con dos hombres a bordo, una guayina al lado de la que un perro se orinaba y un puesto de cocos sin gente que lo atendiera.

—Mira —empezó—; pero se quedó en silencio.

El chico pasó saliva. Estaba ya todo sudado y el hambre la sentía como los zarpazos de un animal débil aunque rencoroso.

—He de serte sincero —levantó Dávidson el índice, arreciando la voz—. No es eso que estás pensando —carraspeó al tiempo que metía la llave en la cerradura—. Lo malo es que lo hayan descubierto apenas el año pasado, y que pasada tu edad esa chingadera no se pueda leer.

Imagínate lo que daríamos por... Los que aún tienen años por delante... Cuántos errores no se ahorraría el mundo...

Con la derecha se rascó la mejilla: un polvito seco se le fue desprendiendo.

Verlo así le puso al chico por instinto los pies en fuga. Echó a correr hacia la salida de la izquierda: al fondo, a cuadra y media, se veía una avenida de doble carril. Había avanzado unas cuatro zancadas cuando volvió la cara para ver a Dávidson —así quería darle a entender que no era este escape suyo una repulsa por su enfermedad—, pero en vez de a él sus ojos advirtieron a los dos tipos que se habían bajado de la troca; uno de ellos pitó un silbato.

El chico se detuvo.

Bajó la cabeza. Se llevó las manos a las rodillas: traía un golpe de opresión en el pecho: apenas si podía respirar...

Venían hacia él los dos hombres, luciendo en cada paso una relajada sonrisa.

Dávidson se quedó callado todo el trayecto. La camioneta los seguía a corta distancia.

Al llegar a su casa, ubicada en las afueras de Celestino, a las faldas de El Huizachal, dejó el hombre ver un ánimo casi bullicioso cuando le presentó al chico sus peces, en una amplia caja verdosa que ocupaba, junto a tupidos libreros, buena parte de la pared, o cuando le enseñaba, con un guiño de picardía, su reciente medalla del premio nacional, y más aún cuando le hizo pasar al jardín. Ahí todo era frescura; tibios faroles parecían alumbrar amistosamente las sombras de los árboles.

—Lo mejor de vivir lejos de la playa es esto —señaló las plantas con displicencia, casi como quien habla solo—. Vivo en Celestino, pero mejor le doy la espalda. No me paso masticando los viejos agravios; tampoco olvido. No me hagas caso; nada más soy un viejo periodista que no se halla en este mundo en que nuestra chamba dejó de ser útil sin dejar de ser peligrosa —y casi sin transición, mostrando de repente una sonrisa infantil y frotándose las manos, preguntó—: ¿Sí eres fan de la comida chinaloense? La encargaremos al rato, la traen en friega.

El chico habría querido pedirle un tentempié; le faltó coraje. Era como si por cortesía a su anfitrión le fuera fácil traicionar las ansias de

sus vísceras. Se sentaron ahí mismo en el jardín en dos sillas con descansabrazos. «Háblame, pues, de ti», dijo Dávidson.

Y el chico se desanudó. Le dijo de sus desvelos políglotas con tomos prestados de la biblioteca, de la cantidad de poemas que había mandado «a concursos de toda ralea, aun sin verme aplaudido por las manos de foca del éxito», de los dos años que había venido yendo cada sábado y domingo a hacerla de cuentacuentos en la casa cuna, «entregando fábulas a quienes probablemente sean sacrificados apenas lleguen al alba de la pubertad»...

—No te pierdas en rodeos —lo interrumpió Dávidson—. Y por cierto: deja esa mamada de *la foca del éxito*. No tienes que hablar así de ampuloso, menos conmigo —pasó saliva y, manteniendo los ojos sobre el chico como con miedo a equivocarse en la elección de cada palabra—: Me dijeron que eres hijo de Tania —tartamudeó al preguntar—: ¿Es cierto o no?

—¿Mande?

—No sé leer ningún... ¿cómo le llaman a eso?, ¿ónix? —y sin parar mientes en la perplejidad del chico, dejó oír un estremecimiento en la voz—: Esos tipos vinieron a verme anoche. Me dijeron que eres hijo de Tania Félix.

No dijo más. Solo se le quedó viendo. Había un aire casi líquido en sus ojos al momento de tender la mirada hacia la mirada del chico, quien vio entre él y Dávidson un hilo que ahí había estado, furtivo y entre nieblas desde el día de su nacimiento, esperando a que sus dos cuerpos se encontraran para volverse —así lo sentía— indestructible materia. Era solo que Dávidson lo viese así, con la pasmosa lealtad de quien no exigía diplomas o puros dieces (a la manera de su madre) ni repetía tampoco los enfermos golpes desde los puños de un sicario de nombre Heladio Beltrán. Era eso, que lo viera con su sonrisa vulnerable pero drástica para hacerle vivir la energía de quien, con todo y habiéndose visto vencido en tantas batallas a lo largo de su difícil vida, había quedado no solo ileso sino luminoso, cada vez de mayor y más joven alma en cada uno de los tejidos de su conciencia.

El chico tuvo miedo de lo que estaba sintiendo; se puso de pie.

—Ayúdeme —tomó el sobre; lo aventó al suelo. Cuando su pie derecho se alzaba y tomaba inercia, el hombre se paró, lanzándosele con

todo el cuerpo. Lo tumbó, pegándole en el hombro. Cayeron a un lado de la pileta. Dávidson se le quedó mirando; jadeaba casi al filo del infarto, aun así con los brazos lo obligó a quedarse contra la tierra.

La hoja de ónix se había salido del sobre. Se le veían destellos metálicos contra la luz tan delgada del día que muere.

—Ayúdeme. Yo no entiendo qué quiere esta gente, escuché cada historia espantosa... No debí haberme ido a entregar...

El hombre lo liberó; luego de acomodar la espalda contra la pileta, dijo con un aire de calma que al chico le sonó inquietante:

—No te arrancaron la piel de la cara ahí mismo en el Estadio, ¿y sabes por qué? Me contaron mis visitas de anoche que tu colmillo salió sin sangre. Eres el primer caso. O sea que nunca, en todas tus vidas, has derramado sangre humana. Por eso te has ganado mucho —bajó la voz al tiempo que giraba la cabeza hacia la sala, como aguardándose espionado—. Ahora, si yo fuera otra persona, te diría: Vende tu hoja en el mercado negro. Conseguirías una buena lana aunque deberías compartirla con tus guaruras, y a ver cómo los convences de que te ayuden. Y tendrías que largarte del país, para siempre.

Recogió el papel metálico.

—Pero no puedes huir sin escucharme.

Dejó caer la cabeza contra la barda de la pileta.

—Yo conocí a Tania aquí en Celestino. Le llevaba veinte años. Fue después de mi última estancia en la cárcel. Yo había quedado mal de una pierna. Ella trabajaba de mesera en una fonda a la vuelta del edificio. El tal Heladio iba seguido a la frontera, y fue cuando empezó a agarrar mayor fama de rápido y sanguinario. No sabes qué feliz fui, o fuimos, ella y yo. Pero por enojos del guberladrón de entonces ante unas pobres cuartillitas mías al poco tiempo tuve que salir pitando de Celestino; fue cuando me escondí en Nueva Orleans, luego me contrataron de correspondal en Alemania. Y así pasaron siete años.

—¿A qué viene todo esto? Tanta gente que trató a mi madre...

—...Y ahora me estoy muriendo —levantó la mano al interrumpirlo—. Me quedan tres, cuatro meses si tengo suerte. ¿Sabes lo que significa que por las células se te alarguen los dedos de la enfermedad tan solo con respirar? ¿Sabes que habrá un momento en que el hígado, las

vísceras serán trapos inútiles y toda la sangre se me envenenará sin poder detenerlo?

—Y eso qué tiene que ver conmigo —respondió el chico sintiendo la boca llena como de piedras que chocaran unas contra otras. Lo que había dentro de sí era otra cosa: el rostro pálido y ojeroso de su madre; la veía una noche en que ella llegó a casa trastabillándose, sollozando. El chico estaba sentado a la mesa haciendo la tarea y se quedó congelado al verla correr por la sala murmurando agitadamente «¡Un día te voy a matar primero, luego me mataré a mí misma, así se acaba todo!», para al final encerrarse en la habitación...

—No te puedes ir sin ayudarme. Quedarás fracturado...

—No entiendo de qué habla.

—Tania quería irse conmigo —dijo Dávidson, como si confesar esto fuera un argumento invencible para persuadir al chico—. Pero era todo muy peligroso. Si la detenían conmigo, terminaría en la cárcel, podrían violarla, romperle la vida... Y la tuya, porque para entonces ya te estábamos esperando... Cuando volví a Celestino, ustedes se habían esfumado. Pensé que habrían cruzado la frontera, estarían a salvo. Yo había conocido a alguien más. Me casé, me divorcié...

El chico traía un remolino en la cabeza.

—Usted inventa historias, ¡a eso se dedica...!

Volvió los ojos a un lado y otro, buscando una cámara escondida entre los matorrales, o peor aun, a gente de un público inaudito que estaría por levantarse de sus butacas abucheando esa pobre actuación de un padre y su hijo por fin reencontrándose.

—No quiero seguir con este cáncer hasta el fin, debes ayudarme...

El chico dejó caer los hombros, ablandó el cuerpo hasta dejarlo caer contra sus propias rodillas, dejó luego que sus brazos rodearan la espalda del viejo, que la cara de su cuerpo se estrechara contra el abdomen paterno de la enfermedad. Y se largó a llorar. A los pocos instantes ese llanto salía gigante con gritos de recién nacido. Todo se desató, todo fluía y cada vez se iba viendo a sí mismo más desvanecido y ligero; el muro de óxido que traía atascado en el cuello y los hombros se le iba convirtiendo en algo parecido al éter. ¡Qué diferente se veía el mundo de estos aires! El viejo le pasó las manos por la frente y el cráneo, musitando varias

veces con voz sosegada «Todo está bien». Cualquier cosa —eso sentía el chico—, cualquier cosa del futuro estaría por debajo de la liviandad de estos instantes. Si alguien lo viera a través de la carne y los huesos, le hallaría pura luz entre las células.

Ya era de noche cuando se levantó. El viejo ahí seguía; tenía los ojos cerrados, la cabeza inclinada sobre el pecho, la espalda contra la piletta. Por sobre la camisa se le veía subir y bajar con delgadez el pecho. ¿El hambre lo había hecho alucinar? ¿Había escuchado bien? Aún traía gotas de dudas cayéndole sobre la emoción del pecho... ¡Y si todo era una broma...! ¿Si era una impostura para amarrarlo con la piedad filial o algo parecido? Pero no. Su espalda no tenía registrado el contacto acuoso con manos así de leales y benévolas, su aliento no se había nunca acercado al deslumbrante oxígeno de una voz que hablara un idioma indestructible. ¿Qué tanto se engaña uno cuando cree haber encontrado la raíz luego de tanto extravío, de tanto vivir el aire de la carencia en cada respiro?

Creció con la cuenta de muertes del Mojado jalándole el rostro hacia el suelo, de la vergüenza; así llegó, con esa piedra hecha del material compacto de la culpa aplastándole los huesos, a entregarse en el Estadio. ¿Podría ayudarlo en lo que quiere? Creyó escuchar ruido de pisadas en el interior. Debían huir juntos, se lo llevaría consigo. Abrió la puerta corrediza, cruzó la sala. En la cocina abrió el refri, sacó un envase de jugo de frutas y sin ningún resabio de miedo lo llevó a la boca. Bebió con desesperación.

Al cerrar el refri, exigió a sus oídos atrapar cada incidencia del aire. Volvió la mirada hacia la sala. Entre la penumbra se veía la silueta encorvada de un cuerpo en uno de los sillones a un lado del acuario. ¿No lo vio al cruzar rumbo a la cocina? Abrió la puerta exterior y, recargados sobre el toldo de la camioneta, los dos jóvenes, casi diría que más altos y robustos que unas horas antes, al percatarse de su aparición se pusieron de pie como cuadrándose. La luz de los faroles parecía obstinada en pulirles el cráneo.

—Nada de esto es fácil para alguien joven... pero tu alma no lo es.

La voz le llegó por la espalda. Se vio media vuelta. El hombrecito ya no estaba sentado en la sala sino, ahora, de pie frente a él; le daba la luz de la calle en el rostro. Lo primero que el chico distinguió fue la perrilla entre las cejas, ahora más enrojecida. ¿O no se trataba del mismo enano de ayer? El hombre extendió la mano, abrió la palma. Había ahí una jeringa, con un líquido blancuzco.

—Lo que hemos hecho fue para encontrarte —dijo—. El último aire que salga de la boca de tu padre será tu herencia.

El joven se puso la mano en la mejilla izquierda. Hurgó con la lengua en el sitio del viejo colmillo. Ningún dolor le nacía.

—Si realmente es mi padre, ¿cómo me piden a mí que...? Eso no está bien...

Al instante conoció su error: supo ahí mismo que el bien y el mal no se desligan uno del otro enteramente nunca.

—No quiero —dijo—. Yo no...

El hombre le sonreía inclinando la cabeza hacia la izquierda, con un gesto de beatitud.

Él descubrió entonces que apenas iba empezando su vida verdadera, y que sería larga.

IRAD NIETO

EL PLACER DE LLEGAR TARDE

Debido a un extraño defecto, manía o vocación, pertenezco a esa clase de personas que se distinguen por su impuntualidad. Soy ese alguien que suele llegar tarde a todas partes. Lo saben mis alumnos, mis compañeros de trabajo, mis amigos y las mujeres que, pobres, me han soportado (y esperado) en distintos momentos de mi vida. A estas alturas ya no puedo ni quiero cambiar mis discrepancias con el tiempo; pido, más bien, comprensión y tolerancia. He llegado a decir a mis amigos que me engañen y me citen treinta o veinte minutos antes de la hora real en la que quieran verme; así conseguirán de mí una especie de puntualidad artificial y yo acudiré contento, seguro de haber llegado tarde, complacido por haber derrotado, una vez más, a las convenciones del tiempo.

El impuntual, paradójicamente, no resiste la impuntualidad de los otros (¡vaya insolencia!): con la suya basta. Llegar tarde es un asunto personal al que uno cree que tiene derecho exclusivo. Quien es impuntual se demora, pero rara vez espera. No admite competencia ni está dispuesto a esperar más allá de su propia tardanza. Pagarle a un impuntual con su misma moneda implica correr el riesgo de que abandone el lugar antes de nuestro arribo o que lo encontremos ya muy irritado. A mí, que hago de la impuntualidad una profesión, me han querido hacer lo mismo, pero cuando aparecen ya no me encuentran, me he fugado. En alguna ocasión una amiga me citó a las ocho de la noche en un café. Me presenté sonriente a las ocho y media y no estaba. Esperé diez minutos, cuando mucho, y me fui. A las nueve recibí un mensaje de ella en mi teléfono celular que decía: «¿Te falta mucho? Estoy en el café, donde

quedamos». Para entonces, *forever alone*, yo comía palomitas en el cine. No fui capaz de tolerar su impuntualidad, sentí que se aprovechaba de mi tiempo.

Es un error pensar que a los impuntuales se nos hace tarde siempre; en realidad, sucede todo lo contrario: se nos hace temprano para partir y esperamos a que pase el tiempo mientras nos entretenemos en alguna trivialidad. Hay algo placentero en el acto de llegar después de lo acordado; quizás también algo de irresponsable. Disfruto mucho cuando el reloj marca la hora de la cita y yo apenas me estoy vistiendo. Comienza una disputa con los minutos y los segundos que es adrenalina pura. Ya no cumplimos y sin embargo nos apuramos para evitar mayor retraso.

La impuntualidad crónica podría relacionarse con una fobia al compromiso y la tranquilidad. No es casual que muchos impuntuales sean también solteros: les aterra el compromiso de tan largo plazo y la imaginaria estabilidad que, dicen, brinda la vida en pareja. No quieren ahogar lo único que les queda: la emoción. Su vida podría resumirse en una larga demora, una perenne postergación, un «preferiría no hacerlo». Son amigos de la prórroga y el aplazamiento. Viven al filo de la navaja, a un día de que les suspendan los servicios de luz y agua, de que les embarquen sus casas porque no son puntuales en sus pagos. No, definitivamente no lo somos. Las llamadas que más recibimos en casa provienen de los molestos despachos de cobranza («esta llamada está siendo grabada...») que nos obligan a mentir decenas de veces: «sí, mañana paso a depositar».

Queriendo enmendar esta sana costumbre de llegar tarde, esta vez al trabajo, mi antiguo jefe, un hombre de buena fe, mandó instalar un checador para que registrara, con ridícula exactitud, la hora de entrada del personal a su cargo. A los pocos días detectó mi compulsión por transgredir, aunque fuera por diez minutos, el horario establecido. Como una medida disciplinaria que creyó eficaz, empezó a descontarme parte de mi sueldo por impuntualidad, una especie de gratificación laboral invertida, un premio al «irresponsable del mes». Pensó que me doblaría. Al paso de dos meses, y al no advertir cambio alguno en mi conducta, se dio por vencido. No retiró el checador, pero entendió que podía desempeñar bien mi trabajo, para el que concretamente había sido contratado,

y llegar cinco, diez o quince minutos tarde. Que los retardos me hacían feliz y jamás interrumpían el buen desarrollo de mis labores. Por primera ocasión me sentí comprendido y no discriminado por no formar parte de una mayoría que cumple, casi a la perfección, con su minuto y hora de entrada. Se han instaurado bonos para premiar la puntualidad de los trabajadores; considero injusto que no se haga lo propio para reconocer el tesón, la constancia y el coraje de quienes somos impuntuales.

En su ensayo *La inconstancia de nuestras acciones*, dice Michel de Montaigne: «quienes se dedican a examinar las acciones humanas, en nada encuentran tantas dificultades como en asociarlas y en presentarlas bajo el mismo lustre. Suelen, en efecto, contradecirse de forma tan extrema que parece imposible que surjan del mismo lugar». El que es valiente hoy, quizá mañana actúe como un cobarde; la chica que ayer oponía su castidad, hoy regala su lujuria. La mayoría de nosotros nos movemos según sopla el viento. «No andamos; nos arrastran, como a las cosas que flotan, a veces con suavidad, a veces con violencia, según esté el agua embravecida o calmada». Tiene razón el ensayista. Sin embargo, cualquiera que me examine como yo he intentado hacerlo, encontrará una constancia en el ejercicio de mis vicios, y marcadamente en el de la impuntualidad. Porque si somos variedad y diversidad, piezas sueltas de un rompecabezas extraviado, también somos repetición, un tropezar con la misma piedra.

Lo que Christopher Hitchens escribió para referirse a la actitud rebelde y disidente podría utilizarse para quienes practicamos el viejo arte de la impuntualidad: «Esto es algo que eres y no algo que haces».

LA CIENCIA EN TEXTOS

MARTIN SCHEUFENS

EL LEGADO DE ALBERT EINSTEIN:
A UN SIGLO DE LA PUBLICACIÓN
DE LA TEORÍA GENERAL DE LA RELATIVIDAD

TRADUCCIÓN DE FÉLIX MARTÍNEZ HOCKAUF

No fue nada menos que una revolución: en noviembre de 1915, Albert Einstein dejó perpleja a la comunidad científica internacional con su Teoría General de la Relatividad. Con ella ofreció al mundo un conjunto de nuevos enfoques que dieron una respuesta a algunas de las preguntas más longevas sobre la creación y evolución de nuestro universo, además de predecir la existencia de complejos fenómenos cósmicos como son los agujeros negros y las vertiginosas ondas gravitacionales.

A continuación se presentan cinco historias sobre cómo las ideas de Einstein cambiaron radicalmente nuestra concepción del universo en los últimos cien años:

1. SOBRE LA TEORÍA DE EINSTEIN: LA CURVATURA DEL ESPACIO-TIEMPO

Ésta fue una idea que ocupó a Einstein durante años, y no fue hasta en noviembre de 1915 que finalmente pudo terminar de condensarla con éxito en el marco de una serie de ecuaciones (las famosas «ecuaciones de campo», o «field equations» en inglés): había nacido la teoría general de la relatividad, su obra maestra.

En noviembre de 1915 hizo pública su teoría por primera vez en la Academia Prusiana de las Ciencias (*Preußische Akademie der Wissenschaften*, en alemán) de Berlín. Si los profesores que asistieron a la conferencia realmente pudieron entender o no el contenido del discurso de Einstein en ese momento es aún incierto, aunque es más bien improba-

ble, ya que se trataba de una teoría altamente compleja, sobre todo por el hecho de que ponía en duda algo de lo cual todos suponemos tener una idea muy clara: los conceptos de espacio y tiempo.

En nuestra concepción cotidiana, el tiempo parece transcurrir estoicamente, siempre a la misma velocidad. El espacio, por su parte, se presenta como un escenario fijo sobre el cual la naturaleza interpreta su obra. Sin embargo, en la concepción de Einstein, la obra y los sucesos que en ella tienen lugar ejercen una influencia directa sobre la forma del escenario, y a su vez el escenario determina también el transcurso de la obra.

Teoría de la relatividad especial (1905)
--

La teoría especial de la relatividad explica el movimiento de los cuerpos y campos electromagnéticos en el tiempo y el espacio. Una de sus premisas principales consiste en manejar la velocidad de la luz como una constante. De aquí se deriva, entre otras, la idea de que, para los objetos que se muevan a una velocidad muy elevada, cercana a la de la luz, el tiempo transcurrirá más lentamente que para los objetos en reposo —ésta idea trascendió particularmente en su versión metafórica, conocida como la «paradoja de los gemelos». El artículo «Sobre la electrodinámica de los cuerpos en movimiento», que Einstein había publicado unos meses atrás en 1905, se considera como el punto de partida de esta primera teoría.

Teoría de la relatividad general (1915)

La teoría general de la relatividad complementa la teoría especial de la relatividad aplicándola al fenómeno de la gravedad, que había sido descrito anteriormente por Newton y que hasta ese momento había sido incompatible con la teoría de Einstein. La atracción entre los cuerpos se interpretaba ya no como un conjunto de fuerzas actuando unas sobre otras, como en la ley de Newton, sino como una curvatura en el espacio-tiempo cuatridimensional (este compuesto de las tres dimensiones espaciales más el tiempo, que en esta concepción se integra en forma de una cuarta dimensión adicional). Albert Einstein presentó por primera vez los fundamentos generales de esta teoría en una serie de cuatro ponencias, en noviembre de 1915, en la Academia Prusiana de las Ciencias en Berlín.

Toda la materia deforma el espacio en el que se encuentra, como lo hiciera una esfera grande de cristal colocada encima de una superficie elástica: la masa de la esfera causaría un hundimiento en esta superficie, y el espacio alrededor de la esfera aparecería curvado en dirección a su base. Ahora, si se hiciera rodar una canica sobre dicha superficie, la deformación causada por la esfera grande atraería a la canica en su dirección. De esta forma Einstein explica cómo la materia se atrae mutuamente: ambos objetos deforman el espacio, e influyen así en la respectiva trayectoria del otro.

Pero no solamente el espacio es moldeable, también lo es el tiempo: cada cambio que ocurre en el espacio ejerce una influencia directa en la velocidad con la que el tiempo transcurre en él. En el universo de Einstein, espacio y tiempo forman una unidad: el así llamado «espacio-tiempo».

A primera vista, la teoría de Einstein se antoja quizá fantasiosa. Sin embargo, el mismo día de su publicación Einstein demostró que sus ideas eran más que quimeras, pues de un solo golpe resolvió un misterio astronómico de décadas.

Desde Kepler los astrónomos ya podían predecir con exactitud la trayectoria de los planetas. Solo Mercurio, el planeta más cercano al Sol, tenía un comportamiento distinto al que anunciaban los números. Einstein proporcionó una explicación a tal misterio: el Sol curva el espacio a su alrededor hasta tal grado que influye en la trayectoria de Mercurio de una forma mucho más acentuada. Los cálculos de Einstein en este sentido encajaban a la perfección: la nueva teoría había por lo tanto pasado su primera prueba.

2. LOS AGUJEROS NEGROS: «TRAMPAS» EN EL UNIVERSO

En los años que siguieron, los físicos y los matemáticos se abalanzaron sobre esta idea de Einstein y con ella fueron dando con fenómenos cada vez más extraordinarios. El más extraño de todos ellos es probablemente el de los agujeros negros.

Según la teoría de Einstein, el espacio-tiempo es deformado por la materia: cuanto mayor sea la masa y la densidad de un cuerpo, más

profunda será la concavidad que producirá en la superficie del espacio-tiempo. Una masa extremadamente densa puede llegar a doblar el espacio-tiempo al grado de crear un hundimiento insuperablemente profundo. Toda materia que se encuentre dentro de esta quedaría atrapada dentro y desvinculada del resto del universo. Ni siquiera la luz sería capaz de escapar de esta descomunal influencia.

Un objeto de tales características ejercería una colosal fuerza de atracción sobre todo lo que le rodeara. Sería capaz de devorar la masa de múltiples soles y concentrarla en un solo punto pequeño. En su centro, el tiempo permanecería estático. Pero, ¿es posible que un objeto tan extravagante exista realmente?

Los científicos se han puesto a la búsqueda. Ver directamente los llamados agujeros negros no es posible ya que, como vimos, no permiten ni siquiera escapar la luz. Sin embargo, lo que sí es posible observar es el efecto que producen en su entorno. Actualmente se presume la existencia de uno de estos colosos en el centro de todas las galaxias. También en el centro de la Vía Láctea, nuestra galaxia, se supone la existencia de uno a 26 000 años luz de distancia de la Tierra.

3. EL «BIG BANG»: SOBRE LA CREACIÓN DEL UNIVERSO

El primer día, Dios creó el cielo y la tierra. Al cuarto día, las estrellas. Esta historia procede del primer capítulo del Génesis, atribuido a Moisés. Se trata, en este caso, de un mito, y no de una teoría científica. Sin embargo, un intento mejor que este para explicar el origen del universo no surgió hasta muchísimos siglos más tarde.

Más extraordinario aun fue el hecho que haya sido justamente un sacerdote católico el primero que diera con una explicación científica de cómo surgió el universo. El teólogo y físico Georges Lemaître desarrolló en 1927, a partir de la teoría de Einstein, un modelo propio del universo: según Lemaître, en el inicio la energía y el espacio en su totalidad estuvieron comprimidos dentro de un solo punto diminuto. Este explotó, expulsando toda su masa, la cual fue expandiéndose progresivamente hasta convertirse en el universo actual. Fue solamente tras esta explosión

que también el tiempo comenzó a transcurrir. Los críticos de Lemaître dieron a esta propuesta el nombre de teoría del «Big Bang» (gran explosión en inglés), el cual sin embargo llegó después a adoptar oficialmente.

La prueba de esta teoría no se hizo esperar mucho tiempo. En 1929, el astrónomo Edwin Hubble, mientras examinaba una serie de «nebulosas»¹ desde el observatorio de Mount Wilson, en California, descubrió que la gran mayoría de ellas presentaba un desplazamiento hacia el lado rojo en el espectro electromagnético. Hubble llegó a la conclusión de que aquellas que presentaban los desplazamientos más acentuados hacia el rojo eran las que se encontraban a mayor distancia. Pero no solo ésto, sino que eran también las que se alejaban a mayor velocidad del punto de observación, es decir, la Tierra: este fenómeno solo se explicaba si el espacio que había entre las estrellas se expandía.

Desde la Tierra, lo anterior se percibe como si las estrellas fueran separándose progresivamente unas de las otras. Pero, siguiendo esta lógica, si las estrellas en verdad se alejaban simultáneamente unas de otras significaría que en algún momento todas debieron haber partido desde un mismo punto. La teoría del «Big Bang» se impuso. Incluso el papa Pío XII dio su bendición a la teoría en 1951, ya que se amoldaba perfectamente a la doctrina de la creación divina.

4. ONDAS GRAVITACIONALES: COMO LAS ONDAS EN LA SUPERFICIE DE UN LAGO CÓSMICO

En 1974, los científicos Russell Hulse y Joseph H. Taylor Jr., de la Universidad de Princeton, hicieron un particular descubrimiento: un sistema estelar binario, es decir, formado por dos estrellas, ambas compuestas de neutrones y con una masa 1.4 veces la de nuestro Sol. Cual una pareja de balletistas colosales, las mencionadas estrellas se orbitan mutuamente.

¹ Como eran conocidas entonces, poco después se descubrió que se trataba en realidad de «microuniversos» separados de la Vía Láctea y por lo tanto mucho más lejanos que el resto de las estrellas en el firmamento. Eran galaxias como la nuestra, compuestas cada una de decenas a miles de millones de estrellas. Este descubrimiento significó un cambio radical en la concepción que se tenía sobre el tamaño real del universo.

Mientras otras fuerzas externas no actúen sobre este sistema, las mencionadas estrellas deberían permanecer danzando en la misma forma hasta la eternidad. Sin embargo, los científicos descubrieron algo peculiar: ambas estrellas se aproximan, incapaces de liberarse de sus respectivas influencias gravitacionales. A los bailarines se les acaba la fuerza.

Pero, ¿por qué pierden energía las estrellas? La teoría de Einstein proporciona una explicación: ambas estrellas estremecen con tal fuerza el escenario de su baile, el espacio-tiempo, que lo hacen vibrar. Como las ondas que se generan en la superficie de un lago al echar una piedra, las ondas gravitacionales que generan estas estrellas se transmiten desde su lugar de origen hacia el resto del universo y van llevándose con ellas su energía. Einstein había predicho estas vibraciones del espacio-tiempo. Por la prueba indirecta que proporcionaron de este fenómeno, Hulse y Taylor obtuvieron en 1993 el Premio Nobel de Física.

Hoy en día, los astrónomos intentan medir estas ondas de manera directa. La Agencia Espacial Europea planea poner próximamente en órbita el satélite *LISA Pathfinder*. Este lanzamiento tendrá como objetivo probar una técnica con la cual se espera poder medir las ondas gravitacionales para 2034.²

5. EL FIN DE LOS TIEMPOS: LA DESINTEGRACIÓN DEL UNIVERSO

Desde el momento del Big Bang, el universo se ha estado expandiendo. Esto fue lo que descubrió Hubble. Dicha expansión sería casi imposible de comprender sin la teoría de Einstein, pues es solo a partir de enton-

² Nótese que el artículo original fue publicado en noviembre de 2015. En febrero de 2016, apenas unos meses después, científicos del Observatorio de Interferometría Láser de Ondas Gravitacionales (LIGO, por sus siglas en inglés), en Estados Unidos, confirmaron oficialmente la primera detección de ondas de esta naturaleza ante los medios de comunicación. Las ondas observadas proceden según los científicos de la fusión de dos agujeros negros ubicados a 1300 millones de años luz de distancia, y fueron registradas simultáneamente por ambos detectores del observatorio, uno ubicado en Hanford (estado de Washington) y el otro en Livingston (Louisiana). Este hecho representó un aporte significativo para la validación de la teoría de Einstein y fue calificado por la revista *Science* como el «hallazgo científico del año».

ces que nace la concepción del espacio como una especie de superficie elástica. A causa de la expansión, la mayoría de los cuerpos celestes que observamos desde nuestro planeta parecen alejarse de él. Y no solamente esto: mientras más lejos se encuentran de nosotros, mayor es también la velocidad a la que se alejan. A mediados de los años noventa, grupos de científicos se dieron a la tarea de investigar esta particular relación. Para ello se procedió a la observación de supernovas, que son estrellas a punto de su muerte cósmica y que, en una sola exhalación final, expulsan sus últimas reservas de energía hacia el espacio.

Los científicos determinaron qué tan lejos se encontraban de la Tierra las supernovas observadas y qué tan rápido se alejaban de nosotros. Durante el proceso contemplaron no solamente las profundidades del espacio, sino también las del pasado del universo, dado que la luz que vemos de las estrellas tarda muchísimo tiempo en llegar hasta aquí. Mientras más lejana una estrella, más antigua es la imagen que nos llega de ella. De esta forma, los científicos fueron capaces de calcular también si la velocidad de las estrellas había cambiado desde el Big Bang.

Los científicos pronosticaban que, con el paso del tiempo, la velocidad de expansión de las estrellas iría disminuyendo. Cuando un objeto explota, los fragmentos vuelan a una velocidad constante o son frenados —ya sea por el aire, la fuerza de gravedad u otros cuerpos en una escala terrestre, o en el espacio a causa del polvo cósmico o nubes de gas. Creían que la fuerza de gravedad iría frenando paulatinamente el avance de las estrellas, quizá incluso al grado que un día estas llegarían a invertir su dirección.

Sin embargo, las mediciones revelaron algo inesperado: la velocidad de las estrellas va en aumento. Según los conocimientos actuales, el universo seguirá expandiéndose y lo hará cada vez con mayor velocidad. Las estrellas llegarán a alejarse tanto entre sí que en algún momento no podrá verse ya luz alguna en el cielo nocturno. Al final se prevé que, del mismo modo, terminarán por desintegrarse las estrellas mismas, y por separarse todos los átomos que componen la materia.

Una interrogante fundamental permanece abierta: ¿cuál es la fuerza que pone en movimiento al universo? Hasta hoy, la ciencia no tiene una respuesta a la pregunta. Se puede calcular y describir la evolución del

universo gracias a la teoría de la relatividad, pero no puede explicarse. A esta fuerza misteriosa se la ha bautizado, probablemente por su naturaleza aún ininteligible, como «energía oscura».

EPÍLOGO

A lo largo de las pasadas décadas, nuestra concepción del universo se ha venido transformando radicalmente. El fundamento de tal transformación radica en aquella teoría que Albert Einstein presentara hace poco más de cien años. Sin embargo, muchas preguntas aún permanecen abiertas: ¿existió algo antes del Big Bang? ¿Cómo se ve el interior de un agujero negro? Y ¿qué es esa materia oscura que hace expandirse al universo? La teoría de la relatividad de Einstein aún nos depara muchos misterios.

Texto tomado de *Spiegel Online*: <<http://www.spiegel.de/wissenschaft/mensch/albert-einstein-100-jahre-allgemeine-relativitaetstheorie-a-1063853.html>>.